



ZAMBESE.—Ruinas del convento de Santiago el Mayor. (Pág. 305).

SIRIA.

ESCUELAS DEL MONTE LÍBANO.

El P. G. Angelil, de la Compañía de Jesús, escribe desde Berito con fecha 15 de abril del presente año:



UELVO de una expedición á la montaña, que ha tenido por objeto visitar nuestras escuelas, y voy á dar cuenta del estado de las mismas, para que nuestros bienhechores vean sus sacrificios recompensados y gusten los frutos de su generosa caridad.

Escasamente hará un año que estamos aquí instalados, y poco falta para que hayamos arruinado ya completamente las escuelas protestantes. Vemos los niños afluir á nuestra casa, semejantes á viajeros largo tiempo extraviados en medio del desierto, y que encuentran de nuevo su camino cuando se creían perdidos sin esperanza. Estos infelices niños nos llegan de entre los herejes en un lamentable estado de espíritu y de corazón: han perdido candor, sencillez, fe, respeto, y no quieren ya orar: algunos saben un poco de gramática y de aritmética; pero distan mucho de estar tan adelantados como nuestros alumnos. Se nos acusa de perder mucho tiempo en oraciones, oficios y otras ceremonias religiosas; empero, sólo los espíritus débiles se han dejado seducir por tales sofismas. Los niños emplean, es cierto, parte del tiempo en oraciones y en aprender el catecismo; mas ¿acaso no son provechosos éste y aquellas, aun para sus estudios, puesto que les hacen sumisos y diligentes? Por

Año VI.—N.º 226.

136

otra parte recobran fácilmente, con la aplicación y la energía, el poco tiempo que erróneamente se dice perdido, puesto que sirve para conocer á Dios y los medios de llegar á Él. Con frecuencia se me oprime el corazón y no puedo contener las lágrimas al ver á esas infelices poblaciones siendo el blanco de los ataques de la herejía. Entrad en todas las familias, y no encontrareís en ellas más que el trabajo y la piedad, fe viva y sencilla, franqueza, cordialidad, costumbres antiguas y vida patriarcal. Llega un ministro protestante, y siembra la duda acerca las verdades y el odio contra la Iglesia.

—Dios no está contento de nosotros, me decía un anciano de Biscunta. Nos envía la herejía. Quiere sacudir el árbol para que caigan los malos frutos y se preserven los buenos.

Hechas estas observaciones, entro en materia.

Hammana. El Padre superior me envió primero á *Hammana* para abrir una escuela. Llegué allí el domingo de Ramos: el párroco me dispensó la más cordial acogida y los habitantes sus felicitaciones. Desde mucho tiempo no habían visto un Padre jesuita.

Hammana es un pueblo considerable en la vertiente de *Jabal-Kenissé*, uno de los picos más encumbrados del Líbano. La naturaleza fué allí pródiga de sus dones: sitio delicioso, tierra fértil, agua abundante, nada falta para el encanto y la utilidad. Los habitantes, en número de 3,500, son robustos trabajadores. Por su población y situación, *Hammana* es un centro importante, que desgraciadamente no ha podido escapar á los protestantes, y de quince años acá tienen allí un pue-

31 Agosto 1885.

to, ó sea una escuela con un maestro, espléndidamente remunerado, que devora su aburrimiento en compañía de siete ú ocho niños de familias greco-cismáticas.

La escuela católica en estos últimos tiempos había repetidas veces pasado de manos del párroco á la direccion de los Padres Capuchinos del colegio de Salima. Acababa de producirse en el Líbano un movimiento hácia la instruccion que los historiadores podrán llamar un renacimiento; á costa de los mayores sacrificios los padres en Hammana enviaban sus hijos al colegio citado; mas por falta de medios éste pronto no existió más que de nombre.

Los americanos de Berito, deseosos de explotar esta situacion precaria, alquilan una casa muy cómoda y se instalaron en ella: los habitantes, acallando los gritos de su conciencia, pronto dejaron que sus hijos la frecuentasen. Entonces fué cuando el párroco principal el excelente abuna José Hatem, se apresuró á darnos cuenta del estado de las cosas, suplicándonos que acudiésemos en su ayuda. La peticion era difícil de satisfacer, pues al presente, con los pocos medios que recibimos, no podemos fundar nuevas escuelas. Sin embargo, todos los ancianos del pueblo se glorian de haber sido discípulos de nuestros antiguos misioneros, y llaman al P. Abougit su abuelo espiritual. El Padre superior ha vacilado mucho, pues decía que si bien se ha de contar con Dios, no debe tentársele. Vencidos, no obstante, por las instancias del excelente párroco, pusimos nuestra confianza en san José, y abrimos la escuela el 24 de febrero. Al principio no se compuso más que de algunos pequeñuelos; mas cuando fuí á visitarla, el día siguiente de mi llegada, conté ya cincuenta.

Los padres no encontraban expresiones para atestiguar su gratitud, y concuerdan en considerar perdida la causa de los protestantes. Comencé en seguida ejercicios para disponer á los fieles al cumplimiento pascual, y á pesar de la lluvia la iglesia se llenó mucho antes de la hora del sermón: los resultados nos han grandemente consolado. Además de los ejercicios he querido interrogar á los niños, y me he convencido de que ignoraban los deberes más esenciales del cristiano. Era preciso cambiar pronto sus libros y su direccion; y al regresar á Berito les he enviado una caja de libros, catecismos, etc. La escuela cuenta ahora noventa niños, y espero que por medio de ella harémos mucho bien en todo el radio de Hammana y que combatirémos victoriosamente á los herejes. Las poblaciones drusas y cismáticas se inclinan más á nosotros, y no disimulan su antipatía por los ingleses.

Biscunta. Aquí san José nos protege visiblemente; tenemos muchos alumnos y son muy aplicados: nos convendría aquí un nuevo maestro, mas no tenemos con que retribuirlo. Ya no estamos en el tiempo en que los niños contribuian con algo: en presencia de los protestantes, nos es forzoso dar mucho.

Un día se me presentaron cincuenta vigorosos jóvenes que venian, me dijeron, de arrojar á los protestantes, pero me suplicaban que abriese los brazos á sus hijos. Figuraos mi embarazo y juzgad de mi sorpresa al encontrarme con semejante diputacion: no querian oír hablar de esperar hasta Pascua. El mismo párroco que les habia acompañado participaba de su entusiasmo: sin embargo, las buenas palabras del P. Lefebvre calmaron esa conmovedora efervescencia, y decidióse que se esperaría hasta las fiestas pascuales.

Desde Hammana llegué á su pueblo: la escuela cuenta cuarenta y cinco alumnos: necesitaríamos por lo menos dos maestros además del párroco, y un jóven de quince años para la enseñanza de los párvulos. Evidentemente convendría otro local, pues no tenemos más que dos salas: los habitantes reclaman y nos objetan el ejemplo de los protestantes, que con muchos menos discípulos que nosotros habian alquilado toda una casa. Nos es penoso reclamar dinero á esos bravos montañeses, que no tienen otros recursos que sus brazos. Muchos han venido á encontrarme, y me han dicho:

—Padre, hacednos trabajar, que lo harémos con mucho gusto; pero pagar, no nos es posible.

La escuela nos da las más lisonjeras esperanzas. Voy á enviar á los niños una pieza para ser representada en setiembre; les preparo una pequeña distribucion de premios para la misma época: paréceme que tendrémos á raya á los herejes.

Cafreacab. Desde Biscunta fuí á Cafreacab: allí tenemos un total de setenta y cinco alumnos. Hay mucha emulacion en los vecinos para confiarnos sus hijos, y en breve necesitaremos dos maestros.

Chueir. Nuestra escuela en este punto no tiene todavía una organizacion definitiva; nos falta un local conveniente y un maestro hábil. Esta poblacion, pobre y de escaso vecindario, poseía cuatro escuelas, todas muy prósperas antes de nuestra llegada. Mas ahora hemos arruinado á los protestantes, y el maestro de la escuela griega cismática trata de retirarse despues de Pascua: los habitantes no quieren más que á nosotros: el paso del pobre misionero por el pueblo era un triunfo.

—Únicamente los Padres son los que nos aman, decian; sólo ellos cuidan de nosotros.

Un año antes, cuando pasé por Chueir, no encontré más que frialdad y menosprecio; hoy católicos y cismáticos vienen á nosotros, y segun su expresion, se ponen en nuestras manos. Nuestra situacion, pues, es muy lisonjera: esperamos, sobre todo, cortar á los herejes el camino de retirada, y así habrémos salvado de los mayores peligros la fe de los niños católicos y de sus familias.

Una escuela bien organizada podria tener ahora hasta ciento setenta alumnos, bajo la vigilancia de dos ó tres maestros. Este pueblo es el centro de la propaganda herética por toda la parte de montaña que se extiende entre el Kesruan y el Ante-Líbano. Confieso que me inquieta mucho ver la escuela normal de los protestantes: sintiéndose contenidos por el pronto, paréceme que calculan y toman sus medidas para derramarse en seguida como un torrente furioso y devastador, y temo que haya almas bastante cobardes y egoístas para venderse á ellos: esto nos obligaría á intentar supremos esfuerzos. El Corazon de Jesús proveerá á ello. Tenemos actualmente sesenta y cinco discípulos. Aunque no he hecho ninguna promesa y no he dicho una palabra acerca una fundacion cualquiera, todo el mundo está persuadido de que se hará en breve una nueva organizacion; que vendrán religiosas para las niñas y buenos maestros para los muchachos.

Nuestra pequeña escuela de *Bucharieh* progresa, pero los niños son pobres, y no pueden dar la más insignificante retribucion. Por Semana Santa los alumnos de la universidad me proporcionaron una grata sorpresa: habian reunido un centenar de piastras, que me ofrecieron para vestir doce niños pobres: los hice venir de

nuestra escuela de Bucharieh, y los vistieron de piés á cabeza. Para demostrarles su gratitud se presentaron en fila en el patio de recreacion, y los escolares de la universidad los recibieron con aplausos y les invitaron á comer; excediéronse en generosidad, y nada omitieron para tratar bien á sus hermanitos, y al terminar les distribuyeron lo que no se habian atrevido á tomar. Cuando los escolares se separaron de sus tiernos protegidos, éstos se dirigieron á sus bienhechores para besarles la mano y darles las gracias. Este acto de generosidad ha producido excelente impresion.

GRAVES NOTICIAS.

MATANZA DE CINCO MISIONEROS DEL SEMINARIO DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS Y DE MÁS DE DIEZ MIL CRISTIANOS EN LA COCHINCHINA ORIENTAL.

ESTA inesperada noticia, transmitida por el ilustrísimo Van Camelbeke, obispo de Hierocesárea y vicario apostólico de la Cochinchina oriental, ha llegado por la via de Saigon. El despacho, expedido desde esta ciudad el 8 de agosto, á la una y cuarenta minutos de la tarde, llegó al Seminario de las Misiones extranjeras de París el mismo día á las cuatro y treinta minutos.

El texto del mismo es como sigue:

« Los Rdos. Poirier, Guégan, Garin, Macé y Martin muertos con más de diez mil cristianos: continúan los asesinatos é incendios; vicariato aniquilado.

« Firmado: VAN CAMELBEKE. »

Inmenso es el desastre con que acaba de ser afligida aquella lejana cristiandad, y de él esperamos recibir luego algunos pormenores. A continuacion damos algunas noticias de los cinco sacerdotes que han derramado su sangre por la fe:

El Rdo. Juan María Julian Poirier nació el 23 de junio de 1848 en Sainte-Colombe, canton de Rhétiers: entró tonsurado en el Seminario de las Misiones extranjeras el 6 de setiembre de 1871, fué ordenado sacerdote el 20 de setiembre de 1873, y partió para la Cochinchina oriental el 5 de noviembre del mismo año.

El Rdo. Luis Marechal Guégan nació el 28 de mayo de 1849 en Saint-Vran: fué ordenado sacerdote el 25 de febrero de 1874, entró en dicho Seminario el 29 de setiembre de 1881, y partió para la Cochinchina oriental el 22 de noviembre de 1882.

El Rdo. Andrés María Garin nació el 25 de mayo de 1854 en Chevron, canton de Albertville (Saboya): entró en el sobredicho Seminario el 19 de agosto de 1874, fué ordenado sacerdote el 16 de marzo de 1878, y en 16 de abril siguiente partió para la Cochinchina oriental.

El Rdo. Enrique María José Macé nació el 19 de junio de 1844 en Bazoges-en-Paillers, canton de Saint-Fulgen (Vendée): fué ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1868, entró en el citado Seminario el 27 de setiembre 1874 y partió para la Cochinchina oriental el 23 de igual mes del año siguiente.

El Rdo. Juan José Martin nació el 16 de julio de 1850 en Bourg Saint-Maurice (Saboya): entró en el repetido Seminario el 7 de setiembre de 1871, fué ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1874, y partió para la Cochinchina oriental el 1.º de julio del mismo año.

EL HAMBRE EN LA CHINA.

El Rdo. P. Fr. Marie, de Brest, procurador de las Misiones franciscanas, con fecha 8 del corriente nos ha dirigido la siguiente desconsoladora carta:

« Despues que S. Ema. el cardenal Lavignerie ha solicitado recursos tan necesarios para Túnez y Argel, he vacilado algunos días á comunicaros las desgarradoras noticias que he recibido de los dos vicariatos del Chan-si y del Chang-tong. Mas recordando la historia tan conmovedora de Ruth y Noemi, heme dicho que como Ruth espigaria en el campo de Booz despues de terminada la cosecha. Espero, pues, que quedarán algunas espigas olvidadas que aprovecharán á los infelices cristianos de aquellas comarcas.

« Ved lo que me escribe el ilustrísimo Obispo del Chan-si: « Todos los misioneros de los distritos situados al Oeste y al Norte de la metrópoli me piden con instancia socorros á fin de hacer frente á las crueles necesidades de la poblacion víctima de un hambre cruel. « Habiendo faltado casi completamente la cosecha, la « miseria es espantosa: los hombres válidos se han dirigido á lejanos países á buscar trabajo, y las mujeres, « los ancianos y los niños abandonados en los pueblos se « nutren con una papilla que hacen con raíces de plantas y corteza de árboles, triste alimento que engaña su « hambre, pero que no puede sostenerles mucho tiempo. « Faltan vestidos, y muchos cristianos han pasado frios « de 15º bajo cero vestidos solamente con una camisa y « un pantalon. Además ensañase la persecucion, y los « cristianos son encarcelados. Son, pues, absolutamente « necesarios y ardientemente deseados los socorros. »

« Del Chang-tong me escriben: « Recurrímos de nuevo á vuestro celo y á vuestra solicitud en favor de nuestros infelices inundados. Hace meses que nuestros pobres cristianos viven en medio de las aguas, sin comunicacion, sin recursos, sin serles siquiera posible « cultivar sus campos. ¡Piedad, misericordia por ellos! « Que los hermanos de Occidente les prueben que todos « los cristianos son una misma familia, que no les abandonen en sus desdichas y que no nos expongan á perder el fruto de tantos sudores. »

« Una nueva carta acaba de confirmarme estos detalles y á participarme que los azotes persisten todavía.

« Ruego á vuestros excelentes abonados que me envíen las pocas espigas que quedan esparcidas en el campo de la caridad. No dudo que será atendido este grito de angustia. Aquellos á quienes salven orarán. Dios devolverá el céntuplo en este mundo y en el otro, lo que se les dará. »

CHINA.

LOS FUNERALES DE UN PRÍNCIPE MONGOL.

Escriben de Pekin al Diario de Ginebra:

AYER, 8 de noviembre, era el aniversario de la coronacion del emperador del Japon: un almuerzo reunia al cuerpo diplomático acreditado en Pekin, y algunos otros invitados en la legacion del Japon, en la que el almirante Enornetto, ministro japonés desde hace poco en Pekin, hacia los honores.

Con ocasion de ir á la legacion, tuvimos la fortuna

de encontrarnos en el entierro de Las Jon, príncipe mongol, cuyas ceremonias quiero referir para distraccion de vuestros lectores.

El desfile, que ha durado una hora, nos ha hecho ver el cortejo mas necio y más suntuoso á la vez, caracterizado sobre todo por abrigos soberanamente asquerosos que cubrian ricos trajes de seda de color rosa, amarillos y azules.

Necesito daros una idea, en cuanto sea posible, de lo que es una calle de Pekin despues de haber llovido; un barro pegajoso y negro en medio de la calle, compuesto de inmundicias de toda especie, rebuscado por innumerables perros y cerdos que vagan por las calles y que gruñen y ladran en medio de las salmodias de los lamas mongoles; la circulacion se impide hasta el punto de que no quedan de cada lado de la calle sino dos estrechos pasos en donde los curiosos y los paseantes se tropezan á cada paso.

A la cabeza del cortejo fúnebre figuraba una caja de madera laca, roja y oro, de un pié cuadrado y de ocho de altura: en medio de esta caja habia un palo de unos diez y ocho á veinte piés de altura terminado en un dragon dorado y en una bandera negra y roja, colores del difunto. El dragon de cinco garras es el dragon imperial, emblema que sólo tienen derecho de llevar los que pertenecen al rango de los príncipes de la familia imperial; el comun de los mortales no puede ostentar más que un dragon con cuatro garras. Toda esta máquina era llevada por treinta y seis servidores vestidos con grandes trajes verdes, adornados con dibujos blancos de la misma tela. Merced á su peso enorme y al fango de las calles, una parte de los desgraciados portadores acababan de dejar su calzado en alguno de los agujeros que hacian al poner los piés.

Despues de este primer grupo marchaban cuatro músicos; despues un centenar de servidores con placas de madera pintadas y labradas, donde iban escritos con caracteres chinos los títulos y las virtudes del muerto, cuatro guardias de campo llevando una trailla de galgos del Turquestan y Mongolia con collares de plata; éstos iban seguidos de camellos adornados con colores y pieles, caballos, sillas igualmente cubiertas de sedas bordadas en amarillo y rojo; pero todo esto gastado por un largo uso y destinado á ser quemado sobre la tumba del muerto.

La carroza del difunto, tirada por una mula, tenia ruedas delante, privilegio reservado á los príncipes.

Las carrozas aquí no tienen muelles, y sería imposible absolutamente, con las calles de Pekin, caminar cinco minutos con los muelles intactos; así las personas se hacen llevar en sillas con un número más ó menos grande de portadores: el emperador tiene treinta y dos, los príncipes diez y seis, los mandarines y los ministros europeos ocho, las *gentes menores* dos ó cuatro, á voluntad; esta regla está fijada por una ley; por lo demás no hay país donde los usos y costumbres establecidos se perpetúen como en China. Leyendo las relaciones de los misioneros franceses del último cuarto del siglo XVII, llama la atencion, dada la fecha en que fueron escritas, sus descripciones, que concuerdan exactamente con todo cuanto se ve en las calles hoy día, y sucederá así mientras la civilizacion europea no penetre en el interior del país.

Pero volvamos á nuestro cortejo. Despues de la carroza del difunto, los espectadores ven pasar un sillón

cubierto con una piel de tigre; despues un cuerpo de caballería china con fusiles, lanzas, los estandartes de guerra del príncipe, toda su casa de la ciudad y del campo, una mezcla imposible de describir de criados, de eunucos y de *mafus*, de mulas y de caballos adornados á la china. Los sacerdotes, treinta y dos lamas, van soberbiamente vestidos de largos trajes de seda amarilla, y tienen un bonete negro bastante alto terminado en una borla amarilla.

Estos lamas, que no van sino en los cortejos imperiales, salmodian en un tono alto un canto lúgubre que acompaña la música de grandes cajas doradas cubiertas de bordados á fin de disminuir el sonido. En fin, llega el féretro pintado de rojo y amarillo llevado por ochenta servidores, y tan pesado, que se doblan á su peso. Yo he procurado aproximarme un momento á pesar de las miradas de indignacion que me dirigian los chinos, y pude observar que el féretro media de cuatro á cinco piés de alto, enteramente lacado en negro y oro de un magnífico trabajo; la madera con que fué confeccionado tenia de 22 á 24 centímetros de espesor.

La última parte del cortejo se componia de seis carrozas imperiales vacías, representando la emperatriz y su casa, mandarines de alto rango con los signos distintivos de su dignidad; botones de coral, botones de cristal, botones de porcelana y el dragon imperial bordado en el traje; la riqueza de los abrigos en esta parte del cortejo era notable, y no he podido ver sin un movimiento de envidia y ambicion á estos chinos vestidos de pieles de zorra azules, martas y armiños.

Pasada que fué esta larga columna de gente, pudimos ponernos en camino: habia tardado setenta y cinco minutos en desfilár. Por lo demás, este espectáculo era para los europeos una cosa excepcional.

En efecto, muy raramente se atreve uno á aventurarse hasta esta parte de la ciudad tártara, que está á hora y media de la calle de las legaciones; ó bien cuando se va no se hace sino pasar; se necesita toda la dosis de curiosidad de que estábamos poseidos para romper el círculo de chinos que nos rodeaba, palpando nuestros vestidos y dirigiéndonos en nuestra lengua toda clase de preguntas. Felizmente mi hermano, que habla el chino, conocia la poblacion, lo cual nos permitia tomar algunas notas. Si estas gentes hubieran sabido que yo vivia en la legacion de Francia, hubiera podido, dadas las disposiciones de los espíritus en estos tiempos de hostilidades, pasar un mal rato.

VIAJE POR EL ALTO ZAMBESE,

POR EL P. COURTOIS, DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.



OMO sé que os agradan las excursiones pintorescas, os invito á seguirme en uno de mis viajes por montes y valles.

Tomemos á izquierda el sendero que va serpenteando á lo largo de la agreste colina donde está situada nuestra residencia, y al salir echemos una rápida ojeada al magnífico paisaje que se desarrolla ante nosotros. A lo lejos, por la parte del Este, se ven las primeras ramificaciones de los montes de Mankanga, que se extienden en la direccion de los Grandes Lagos y del Chiré. En aquellos terrenos lejanos se hace al presente la caza del elefante. Al frente, entre las ruinas del anti-

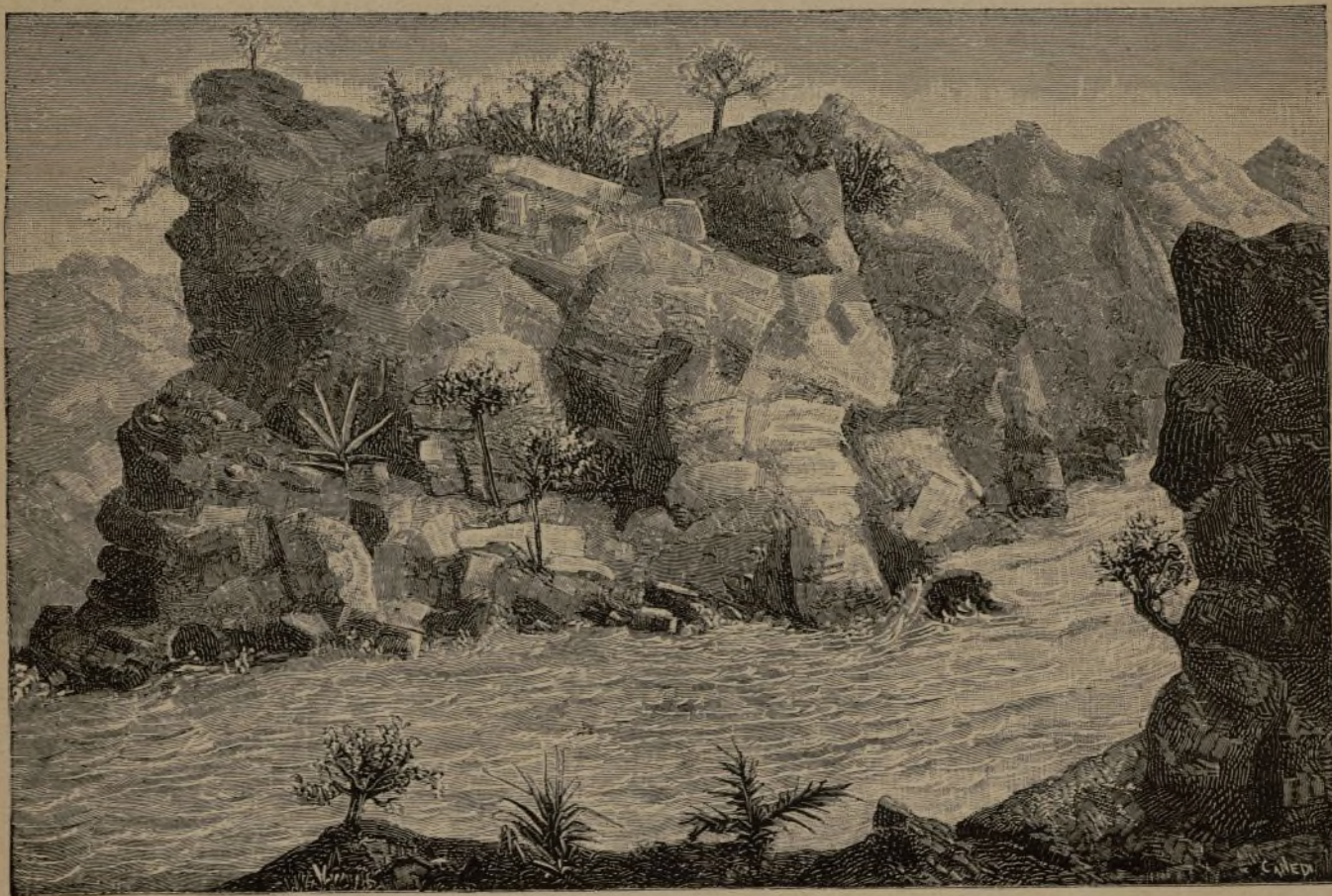
guo convento de San Pablo, levántase nuestra antigua y humilde iglesia parroquial, dedicada á Santiago el Mayor, siendo otro de los Patronos el taumaturgo de Padua, el Santo querido de Portugal.

Detrás del montecillo y á algunos metros de la iglesia corre apaciblemente el hermoso río del Zambese. En medio de él aparece la isla bastante considerable de Kanyembé. Un canal desigual, formado por el río, divide la isla en dos partes.

Contemplad el gran número de piraguas cañes y los esquifes ligeros de los indígenas que surcan las aguas con extrema rapidez. Hemos presenciado ya el naufragio de tres ó cuatro canoas, habiendo sido los marineros presa de los cocodrilos. Estas gentes no saben navegar sino cantando, y baten cadenciosamente el agua

con sus remos redondos. Algunos negros son habilísimos para dirigir, por medio de una larga percha, sus débiles embarcaciones de troncos de árboles, algunas de las cuales no exceden de dos metros y medio de largo por sesenta centímetros de ancho, y veinte ó veinte y cinco de profundidad. En este tronco de árbol están amontonados los productos que vienen á vender á la ciudad.

A nuestra derecha, en la dirección Sudeste, hay el cuartel ó plaza de armas, ocupado por un batallón de soldados indígenas, excepto los oficiales, que por lo general son europeos. Estos soldados africanos son sencillos, bastante disciplinados y sumisos á sus jefes: llenos de respeto y veneración para con el Padre misionero, nunca dejan de saludarme cuando me encuentran;



ZAMBESE.—Entrada Sudeste de las gargantas del monte Lupata. (Pág. 306).

algunos hasta me besan la mano, y los que están de guardia me presentan las armas como á los oficiales superiores. Todos los domingos asisten en cuerpo á la Misa, cornetas al frente, y realzan con su número y buen comportamiento la solemnidad de nuestras fiestas. Los soldados poseen, como don de antiguos misioneros, una milagrosa imagen de san Antonio de Padua.

He distribuido entre los soldados muchas imágenes, medallas y objetos de piedad. Durante más de un mes fué una procesion continua; cada uno quería ser el preferido del Padre, y me hacía valer su piedad y sus servicios. Uno de ellos me dijo:

—Vengo á pedir lo que necesito; una imagen del sagrado Corazon de Jesús: la pondré en mi choza, donde la haré una iglesia.

A algunos minutos del cuartel, en la misma dirección, á orillas del río, se ven aún las ruinas de otro convento que floreció en Teté, el siglo último, dedicado á Santiago el Mayor, y que fué derribado por un huracán. Este convento, uno de los primeros de la Misión, tuvo sus días de gloria y de prosperidad. Una mujer del país me decía:

—En otro tiempo nuestros ancianos iban á orar al convento. La iglesia estaba ricamente adornada: abundaban en ella el oro, el marfil, el aceite y los perfumes.

Las ruinas del citado convento se reducen á un lienzo de pared y á un monton de piedras en el que crecen en abundancia arbustos espinosos, algunas palmeras silvestres y un enorme *mavambé*, como muestra el grabado de la pág. 301. Las ramas de este árbol secular no tie-

nen un desarrollo en armonía con el enorme tronco que les da nacimiento. Este gigante mide en circunferencia 21'80 metros. En los alrededores de Teté y en los bosques de la Caroeira he visto algunos más monstruosos aún. El fruto del *mavambé* consiste en una enorme vaina de un decímetro de longitud, de color verde-ceniciento, conteniendo multitud de cuescos cubiertos de una harina acidulada, bastante agradable al gusto. Este fruto se emplea como remedio cafre.

Portugueses establecidos en el país desde larga fecha dicen que los árboles frutales, como naranjos, etc., muchos cereales importados de Europa y algunos oficios aún en uso entre los indígenas, son debidos al celo y á la industria de los valientes misioneros del Zambese.

Prosigamos la marcha, y admiremos ese paisaje encantador. Vamos á dirigirnos á la fortaleza de D. Luis, que desde su elevado sitio domina á la ciudad.

Nunca olvidaré los días 25 y 26 de diciembre de 1882, pasados en las terribles gargantas del Lupata y las rápidas de la isla de Mozambique, en donde estuve á punto de perder la vida bajo el puñal de los asesinos.

Cuando se llega á la salida de esas gargantas y se va á entrar en país descubierto, el río divídese en dos ramas y forma una isla bastante extensa que los negros llaman cementerio de Mozambique. (V. pág. 309).

La isla presenta en todas partes flancos cortados en pico. La cumbre, cubierta de bosque, es morada de las aves de presa.

En la mañana del jueves, 28 de diciembre, divisamos la fortaleza de Teté, y á las once tocábamos las puertas de la ciudad africana.

El panorama es aquí muy pintoresco. Vemos á lo lejos, en direccion Sudoeste, los soberbios montes de la Caroeira con sus cimas cubiertas de bosque y sus flancos peñascosos, mansión favorita de tigres, hienas, leones y moros. De allí nos llegan casi todas las noches, bandas de fieras que infestan la ciudad causando no poco daño. Con frecuencia es imposible dormir, pues todos los perros del barrio ladran al acercarse las fieras; los negros encienden fogatas, hacen disparos de fusil y tocan el tambor para ahuyentar á los terribles visitantes. Los leones este año han devorado cinco ó seis personas. El río está infestado de hipopótamos y cocodrilos.

Al pié de los montes de Caroeira, al Este, mana una fuente de agua fresca y límpida. El sitio es magnífico. Una enorme peña suspendida al flanco de la montaña, formando un pedestal natural, donde podría ponerse una hermosa imagen de la Virgen, sirve de abrigo á la fuente preciosa. Árboles gigantescos, morambés, plátanos, acacias y mimosas producen un hermosísimo conjunto.

A la otra parte de la montaña, en la vertiente opuesta, y distante más de una legua, hay una tribu de agricultores, compuesta de muchos pueblos, cuyos habitantes durante el estío vienen á buscar el agua en esta fuente de Dzimbabwe. Mientras estaba allí, unas treinta mujeres con sus hijuelos bajaron de un flanco de la enhiesta montaña y vinieron á hacer sus provisiones de agua para el día siguiente. Llevaban sus grandes *carangos*, en los que el agua se conserva admirablemente clara y fresca á pesar de los grandes calores.

Los principales pueblos de la tribu cafre establecida al pié de la Caroeira son los siguientes: Chingudwé, Katarute, Atonga, Zemika, Chagaranga, Degwé, Ka-

konda, etc., y los jefes más conocidos son Kataruze, Chi-gome-gome, Inhassore, Chimaezre, etc. El jefe ó *mambo* de los tres pueblos Chingudwé, Kataruze y Alonda se llama Kataruze. Refiérense de él cosas bastante curiosas y extrañas, que apenas se creerian si no fuesen atestiguadas por personas que han vivido en las tierras de este singular personaje.

Como es viejo é impotente, sus súbditos á duras penas le concedían el respeto y sumisión debida á su majestad. Véase ahora la estratagema que el ducho anciano negro emplea para hacerse obedecer. Como el león devora muchos animales y aún personas en los pueblos, se hace pasar á sí mismo por león. Así que una persona rehusa darle el título de *mambo* (jefe), la hace coger y hacer pedazos durante la noche, y el día siguiente corre la voz de que el *mambo* león se ha hecho justicia, y Kataruze mismo no cesa de decir á quien quiera oírle:

—¡Ah, no quereis creer que yo soy *mambo*! Pues bien, hé aquí que soy *mambo* león. Devoro vuestras ovejas, vuestras cabras, vuestras mujeres y vuestros niños...

Y el pueblo está cada vez más persuadido de que tiene que habérselas con una fiera con cabeza humana y corazón de león. Dícese que el viejo jefe imita en su cabaña el rugido y la respiración ruidosa de la fiera del bosque, á la vez que cada noche tiene la precaución de defender cuidadosamente con espinos la puerta y las avenidas de su *temba* para no ser devorado por el *mambo* león. Y aunque fuese muerto tiene la esperanza de revivir bajo la forma del mismo animal, pues un jefe de tribu no puede convertirse en otra cosa que en león... ¡Oh aberración humana, y decir que aún ciertos europeos, ahora cafrealizados, acaban por creer en tamañas monstruosidades!...

Los habitantes de esta tribu han establecido su cementerio en los flancos de la enhiesta Caroeira, en medio de un bosque de copudos árboles. Las fosas están en breve abiertas y los ataúdes prontamente preparados; se abandona el cuerpo del difunto á la sombra de un árbol corpulento, rodeado del mobiliario, utensilios de cocina, arcos y flechas que le pertenecieron. Los leones y las hienas encuentran un banquete preparado. Este lugar respira terror. Sólo se ven osamentas humanas esparcidas por el suelo, restos de vajilla, girones de lienzo suspendidos de los árboles del bosque. Magníficas *gangas* (pintadas) vienen á anidar y dormir en los grandes árboles de los cementerios; las gentes, más estúpidas aún que esas estúpidas aves, figúranse que son las almas de los difuntos, que vuelven en la forma de esos volátiles. Hace pocos meses nos regalaron seis de esas gallinas silvestres; pero como continuamente se esforzaban por huir, resolvimos deshacernos de ellas. Tuvimos que poner á contribución toda la elocuencia para decidir á nuestro cocinero á que las degollase. Nunca quiso comer cosa alguna de este volátil, y al preguntarle la razón de su conducta, me contestó:

—¿Por ventura este *ganga* no es una persona?

Era inútil insistir. Sin embargo, el más joven de nuestros cafres, que tiene un apetito voraz, no tuvo escrúpulo en devorar los restos de la pintada que sus congéneres miraban como sagrada.

Dejemos, por fin, las montañas de la Caroeira. Para volver á la ciudad tomamos un apartado sendero, y al cabo de dos horas de marcha llegamos al valle y al pueblecillo de Chemazi, á orillas del Zambese, que se pu-

diera llamar el valle de los hormigueros. Las termitas ú hormigas blancas han constituido allí tan gran número de galerías y pirámides de tierra tan encumbreadas, que en muchos sitios parecen sepulcros de un vasto cementerio. A veces esas pirámides de tierra están acumuladas al pié al rededor de los grandes árboles, y acaban por invadirlos y causarles la muerte. Esas termitas son un verdadero azote para el país. Atraviesan los muros de las casas, penetran en los departamentos, roen las maletas, los cueros, el lienzo, y con frecuencia causan considerables pérdidas. Imposible defenderse contra estos insectos destructores; sólo el petróleo les es contrario. Tienen por enemigo una especie de lagartija que les hace continua guerra y las mata á millares. A los cafres les son muy apetitosas esas hormigas: las hacen tostar al fuego, y las comen sin otra forma de proceso.

—Son tan suaves y gratas al paladar. dicen, que parecen hermosos granos de arroz asados con aceite.

Para cogerlas hacen zanjas verticales á esos montones de tierra; luego por una parte encienden fuego que proyecta su humo en el interior, á fin de obligar á las termitas á salir. A la parte opuesta se abre una puerta á la que fijan un saco: las termitas, buscando salvarse de su palacio subterráneo, son cogidas en la trampa. El saco se llena. Vase en seguida á ahogaras, luego las ponen á secar, las cuecen, y las comen así como un plato exquisito.

Ahora, ved aquí innumerables callejuelas y agrestes senderos que se abren ante nosotros. Llegamos á los barrios cafres. Esas chozas bajas y ahumadas, cuidadosamente rodeadas de cañas y espinos, son los *tembas* de los negros, en donde todo vive mezclado, personas, cerdos, pollas, cabras, etc. Aquí es donde dirijo con predilección mis pasos, porque es donde encuentro verdaderamente el pueblo que el Señor me ha encomendado, y por la salud del cual daría toda mi sangre y mi vida. Las primeras veces que aparecí en estos lugares, me miraban con asombro. Todo el mundo se apartaba, y los negrillos emprendían la fuga como bandadas de cuervos. Pero poco á poco se han acostumbrado á ver sin temor el hábito negro, el parasol y el obrero grande del *Cacice*: así nuestras gentes son más tratables, las mujeres no tienen miedo, los hombres le hablan gustosos y los niños le dirigen ya con bastante buena gallardía el saludo cafre, palmoteando y rascando la tierra con los piés. ¡No os ocultaré que algunos pellizcos de azúcar me han ganado muchos corazones!

He entrado en varios *tembas*, y esas pobres gentes maravilladas, decían:

—El *Cacice* es bueno. Nunca un blanco había penetrado en nuestro *temba*; mas el *Cacice* de los blancos, el *Cacice* que lo sabe todo, se ha dignado inclinar su cabeza para entrar en nuestras cabañas.

Cierto día un excelente negro me presenta sus tres hijitos para que les imponga un nombre: quería decir el bautismo. Uno se llamaba *Dchaže* (rayo), el segundo *Džeri* (zancadilla) y el tercero *Kalažwa* (venido de país extranjero). Él mismo me ha prometido aprender la doctrina cristiana. Llámase Ignacio Francisco, aunque no ha sido bautizado. En general los negros paganos de la ciudad toman nombres de santos, pero muchos otros prefieren nombres de utensilios de cocina y podrían honrar el calendario revolucionario francés de fines del último siglo. Conozco algunos que llevan el nombre de

Lampiao (candelero), *Muringa* (vasija), *Faca* (cuchillo), *Sapato* (calzado), etc. Os hago gracia de otros apellidos. Es un realismo repugnante.

La semana última hice mi acostumbrado paseo á los barrios de negros, y entré en un *temba* perteneciente al padre de nuestro sacristan. Al llegar estreché la mano á los individuos allí reunidos con objeto de beber tazas de *pombé* (cerveza cafre). Los negros nunca dan la mano para saludarse. El abuelo de la cabaña, sorprendido de mi cortesía, me presentó la mano izquierda: los otros no pueden contener la risa viéndole cometer la falta de dar la mano izquierda al Padre, y cogiéndole la mano derecha la ponen en la mia. En seguida traen un tronco de árbol que sirve para abreviar las gallinas, lo ponen vuelto y echan encima de esa silla improvisada una piel: es el mejor asiento de la casa, y me lo ofrecen. Luego todos se sientan al estilo cafre, y conversamos algunos instantes acerca la necesidad de hacerse cristiano para ir al cielo.

—Bien quisiéramos conocer la religion de Jesucristo, contestaron, pero nadie nos la ha enseñado.

A la noticia de mi presencia en el lugar, llegan tres jóvenes suplicándome que fuese á visitarles porque su anciano padre lo pedia. Me presto á sus deseos, y dejo á mis buenos amigos. ¡Pobres cafres! ¡Cuán infelices son viviendo así sumidos en las tinieblas de la gentilidad! Multitud de almas parecen ya prontas para la cosecha, *mensis quidem multa, operarii autem pauci, rogate ergo...*

Hace un mes asistí á la partida de quinientos cazadores que se dirigian á los territorios de Mankanga, á la pista de los búfalos y elefantes. Todos los años á principios de setiembre, bandas de cazadores pertenecientes á las lejanas tribus de Makambwé, de Mazoé, de Monzezuro, de Kachombo, etc., llegan por centenares á Teté, ofreciéndose mediante algunos metros de lienzo y baratijas, á ir á cazar el elefante. Es espectáculo curiosísimo ver desfilar esas bandas de dos ó trescientos negros, marchando unos tras otros, llevando suspendidos á un largo palo sus armas y utensilios de viaje. Su tocado varia al infinito y el corte de los cabellos es indescriptible. Tiene todas las formas y todós los matices de la estética cafre. La mayor parte llevan ceñida la frente con una diadema compuesta de plumas de aves de porcelana ó marfil; otros tienen fajas de piel de leon ó el *singassora* de trenzas artísticas. Su cuello, sus brazos y sus piernas están cargados de anillos ú otros extraños adornos. La mayor parte llevan en el antebrazo el característico boton de porcelana. Es un recuerdo de la familia ausente; y si el que trae el dije llega á morir en tierra extranjera, los amigos supervivientes cuidan de recoger esa señal de amistad y enviarla á la mujer desolada del difunto.

Sujetos á un cinturon llevan diferentes saquitos de cuero, conteniendo tabaco, sal, perlas, remedios sagrados de la tribu ó amuletos protectores, como pedacitos de ámbar, dientes de leon, etc. Al mismo cinturon llevan sujeto una vaina del fruto del mavambé, conteniendo el jabon de tocador, especie de goma resinosa y aromática que se saca de los árboles. Cada uno va provisto del *mudsako* ó *mudsamiro*, soporte de madera olorosa, de un palmo de alto, esculpido con gusto, y que sirve de almohada para dormir á la intemperie. A su larga percha van atadas diez pieles conteniendo arroz, lienzos y avalorios que les servirán para proporcionarse ali-

mentos. Ajustan además al mismo haz sus hachas, flechas, lanzas, zagayas y otros objetos de caza, lo mismo que cinco ó seis calabazas.

Poned en hilera tres ó cuatrocientos de esos hombres, con sus cabelleras erizadas de plumas de ave, con pieles al rededor de la cintura, y tendreis un cuadro animado de una partida de cafres para la caza del elefante.

El modo de organizar una banda de cazadores es el siguiente. El que acepta sus servicios los divide en escuadras de quince ó veinte hombres, bajo la direccion ó responsabilidad de un jefe llamado *gona*. Entre los cazadores unos se sirven de armas de fuego, y otros de la lanza y del hacha. Hay que dar á los primeros las armas, las balas y la pólvora necesarias. Asistí á la distribucion de las municiones de caza. Cada escuadra recibió cinco libras de pólvora, y ciento cincuenta balas por plaza. La paga es de seis brazas de algodón á cada cazador, y además se le recompensa á la vuelta segun el producto de su caza. Dispuestas las cosas, inténanse en la profundidad de los bosques hasta llegar á los terrenos en que abundan los elefantes, y en donde le persiguen durante dos ó tres meses.

Fuí testigo de una escena bastante cómica. Algunos de estos cazadores querian probar de todo lo que habia en la casa.

El dueño de ella no se hizo de rogar para contentarlos. Hizo traer azúcar, sal, pimienta, mostaza, alcohol, té, etc., etc., y les puso en la lengua un poco de estas diferentes cosas. Eran de ver los gestos y contorsiones que hacian cuando, despues de haber recibido azúcar, eran agraciados con un poco de sal, pimienta ó mostaza, y cuando despues del té se les daba algunas gotitas de alcohol.

Conversé con cazadores venidos de las remotas tribus de Monzezuro, y con este motivo trabé conocimiento con los dos hijos de un poderoso jefe; les hablé del establecimiento de una Mision católica en su país, y me miraron con asombro.

Por medio de uno de ellos que entendia el portugués, les pregunté si les gustaria tener un cacice en medio de ellos para enseñarles á servir á Dios, y contestaron que les complacería esto mucho, que nadie les habia enseñado quién es Dios, que el cielo está muy elevado y cubierto para penetrar en él, etc.

—Pero, añadieron, ¿cómo lo haremos para aprender la lengua del cacice?

Les contesté:

—No sois vosotros quien aprendereis la lengua del cacice, sino éste quien aprenderá la vuestra, y vivirá en vuestra compañía como un padre y un amigo...

Maravilláronse todos de lo que les decía acerca la necesidad del bautismo y de las postrimerías del hombre, pero parecieron incrédulos cuando les enseñé que robar, mentir, cometer impureza, etc., eran crímenes que Dios castiga. Sin embargo, todos me afirmaron que conocen á Murungo y le respetan. Como yo sabia que en su país muchos europeos han sido degollados, les pregunté si sus habitantes me harian sufrir la misma suerte.

Uno de los jefes se levantó, haciendo muchos saludos y reverencias, y exclamó:

—¡Nunca, nunca haremos daño á quien nos hace bien!

¡Cómo pintaros el gozo, el asombro, la admiracion de esos salvajes al oír hablar por vez primera de nues-

tra santa religion! Al regreso de la caza, esos jefes han prometido venir á visitarme para llevarme con ellos á países remotos. Estreché la mano de los jefes, y me retiré; pero sus compañeros, celosos de que los jefes me hubiesen tocado la mano, reclamaron el mismo favor, y tuve que volver atrás para dar á todos la misma señal de aprecio, prometiendo pedir á Dios por ellos buena salud y provechosa caza.

Al volver de nuestra expedicion, echamos una ojeada á esa fosa recientemente abierta á orillas del camino, cerca de las ruinas del antiguo convento de Santo Domingo. Tiene metro y medio de profundidad, y ha sido hecha para dos ingleses, miembros de una Compañía aurífera del Cabo, que en junio último vinieron al país en busca de minas de oro. Efectivamente, en este sitio, y á poca profundidad, encuéntranse pepitas de este metal precioso, pero en tan corta cantidad que el beneficio no cubre los gastos de extraccion. Frustradas sus esperanzas, fuéron á probar fortuna á orillas del Mazoé, á ocho jornadas de aquí. Uno de ellos enfermó la víspera de la marcha; el otro púsose en camino con un intérprete, y llegó al Mazoé; mas las gentes del lugar, que ahora conocen el precio del oro, no consintieron que un europeo removiese una pulgada de terreno, sin su permiso. Contrariado, vino de nuevo á Teté, renuncia á sus minas de oro, y se pone en camino para volver al Cabo con su compañero enfermo.

Este muere durante el viaje, y el otro, al llegar á las tierras de Bongo, se ve al momento asaltado por una tropa de negros armados hasta los dientes, que desbalijaron á nuestros ingleses, dejándoles apenas algunos girones para cubrirse. ¡Jugarreta de la ingrata fortuna!

Más feliz es aquel que no busca más que la perla preciosa del Evangelio, que todo lo sacrifica, hasta á sí mismo, para adquirirla. Es el tesoro que los gusanos no pueden corromper ni los ladrones arrebatarlos.

BENDICION DE UNA CATEDRAL EN LOS ESTADOS-UNIDOS.



La solemne bendicion de la catedral católica de Milwaukee (Estados-Unidos) ha sido uno de los acontecimientos más interesantes ocurridos en aquel país desde hace muchos años.

Ante una concurrencia de miles de personas compuesta de ciudadanos de todas las comuniones religiosas, se puso hace muchos años la primera piedra de esa magnífica iglesia, cuya construccion ha costado algunos millones.

La nueva Catedral ocupa una manzana entera en la parte más céntrica de la ciudad; todo el exterior es de piedra (*bracon stone*) y su estilo corresponde, como la de Nueva-York, á la arquitectura gótica que prevaleció en Europa durante el siglo XV, cuyos principales tipos son las catedrales de Reims y de Amiens, pero en su conjunto tiene más semejanza con la catedral de Milan que con las indicadas. Su mayor largo es 100 metros y el mayor ancho de 50 metros. La altura de las torres, que son dos, es de más de setenta metros, siendo éstas, hasta la cruz que corona la más elevada aguja, todas de la misma piedra que el resto del edificio.

La ornamentacion general es rica del más exquisito gusto artístico, sin estar en manera alguna sobrecargada. Hay tallados de alto relieve que parece increíble

que hayan podido ser ejecutados en la piedra y que llamarían la atención como otras de talla en madera.

Pero lo que principalmente contribuye á realzar el mérito de este templo monumental, lo que le imprime ese carácter grandioso y solemne que en las catedrales góticas impone y recoge el espíritu, son las ventanas ornamentadas y con admirables pinturas que le adornan. Hay en toda la iglesia cincuenta y dos ventanas, algunas de ellas muy grandes, como el roseton ó ventana circular que está arriba de la puerta principal y que tiene seis metros de diámetro.

Dícese que las ventanas representan un valor de cerca de \$ 1.000,000; pero algunas han sido regaladas por varias personas, y principalmente por el clero y obis-

pos de otras diócesis. Además, como se acostumbra en aquel pueblo, tanto entre los católicos como entre los protestantes, consagrar á la memoria de los que mueren una ventana de su iglesia favorita, no pasará mucho tiempo sin que todas las de la catedral de Milwaukee estén adornadas con obras admirables de arte.

El órgano ocupa el centro del gran coro, que tiene capacidad para más de cien cantantes, y es una maravilla digna de tal templo. Ha sido construido en Nueva-York por la famosa fábrica de Jardini é hijos.

Además hay otro órgano de magníficas y suaves voces, en la parte baja del templo, construido especialmente para acompañar el servicio de canto gregoriano.

Llamará la atención de nuestros lectores el saber que



ZAMBESE.—Salida Noroeste de las gargantas de los montes Lupata.—Isla de peñascos á pico, llamada por los indígenas Cementerio de Mozambique. (Pág. 306).

en tan suntuosa Catedral no hay sino cuatro altares; pero el estilo de todas las iglesias de los Estados-Unidos no acepta la profusion de altares que se usa en los países de origen español. En la de Milwaukee sólo hay un altar al frente de cada nave, y son poco más que una mesa de mármol con un crucifijo ó á lo sumo una imagen también de mármol.

El altar mayor es una soberbia obra de escultura hecha en Italia. Tiene en el centro una pequeña imagen de la Virgen, que es una verdadera joya artística, y á los lados la del Niño Jesús y señor san José. En los nichos se ven las figuras de los cuatro Evangelistas, y en el frontal dos bajo relieves de un trabajo exquisito que representan la oración del Señor y la entrada en Jerusalén.

Debajo del altar mayor hay una cripta de mármol negro y blanco, en la que se ve el mismo buen gusto que en todo el templo. En ella se encuentran 30 nichos que están destinados á recibir los restos de los obispos de las diócesis.

De los otros altares hay dos de bronce y uno de madera preciosamente tallada.

Las ceremonias de la bendición de la Catedral han sido de lo más solemne y suntuoso. No sólo por la gran facilidad de transporte y de comunicaciones que hay en los Estados-Unidos, sino porque ha sido un verdadero acontecimiento para la población católica la conclusión de este magnífico templo, con el que sólo puede rivalizar la Catedral de Nueva-York, ha sido inmensa la afluencia de visitantes.

Ofició el Ilmo. Sr. Gibbon, arzobispo de Baltimore, acompañado de otros prelados, y era admirable el espectáculo que presentaba aquel día la nueva iglesia. Agréguese á la solemnidad de la ceremonia el gran concurso de fieles, las armonías del gran órgano, la escogida música de la capilla de la Catedral y principalmente un coro de ochenta personas que entonaban el canto gregoriano, y se formará el lector una débil idea de la fiesta religiosa que han presenciado 20,000 personas, no sólo católicas, sino de todas religiones, judíos inclusive, que acudían con respeto á la bendición de la Catedral.

Toda la música del canto gregoriano se ha tomado de la antigua liturgia de la Iglesia, y el acompañamiento en el órgano tiene el carácter especial que requiere esa clase de canto.

El clero católico ha sido objeto con motivo de la conclusion de la Catedral de las más ardientes felicitaciones de parte de toda la prensa, y por su actividad y su prestigio se recogieron los millones que costó ese gran templo. Entre los donantes figuran señoras y caballeros de todas las religiones, que con gusto han dado miles de pesos.

Por este solo dato se puede decir que la sociedad que tanto respeta el sentimiento religioso, bien merece poseer monumentos tan grandiosos como la Catedral de San Patricio en Nueva-York y la nueva de Milwaukee.

CRÓNICA.

Roma.—Escriben de Roma con fecha 27 de julio:

«El Papa ha celebrado esta mañana en el palacio apostólico del Vaticano el Consistorio secreto, en el cual, despues de haber pronunciado una alocucion sobre la situacion religiosa en Italia, Francia y Alemania, se ha dignado crear y nombrar cardenales de la santa Iglesia Romana á los varones siguientes:

«Pablo Melchers, arzobispo de Colonia; Alfonso Capelatro, arzobispo de Capua; Francisco Bataglini, arzobispo de Bolonia; Patricio Francisco Moran, arzobispo de Sidney; Plácido María Schiaffino, de la Congregacion benedictina de Olivete, secretario de la sagrada Congregacion de Obispos y Regulares, y Carlos Cristofori, auditor de la Cámara Apostólica.

«En seguida Su Santidad ha designado y provisto las iglesias siguientes: Para la titular arzobispal de Palmira á Mons. Pethinari; para la arzobispal de Lepanto á Mons. Sbroli; para la metropolitana de Praga á monseñor Francisco de Paula de Schœnborn; para la episcopal de Imeria á Mons. Vitagliano; para la catedral de Nocera de Pagani al Rdo. O. Luis del Forno; para la de Budiveis al Rvdo. O. Martin Rika; para la episcopal de Tinia á Mons. Maiorosi.

«Acto continuo Su Santidad ha publicado las iglesias siguientes, provistas con anterioridad por Breve: Para la metropolitana de Oregon-City á Mons. Gross; para la arzobispal de Staupolis á Mons. Reinaud; para la arzobispal de Gangra á Mons. Mendui; para la arzobispal de Tesalónica á Mons. Ferrata; para la metropolitana de Bukarest al Rdo. P. José de Palma; para la arzobispal de Santo Domingo al R. O. de Mesino; para la catedral de Southwark á Mons. Juan Butt; para la de Basilea á Mons. Federico Fiala; para las de Treste y Cefalónica al R. O. Dionisio Nicolisi, y para la de Nicolet, en el Canadá, al R. O. Gravel.

«Despues del Consistorio el Padre Santo ha recibido en la sala del Trono á los nuevos Obispos presentes en Roma, á los cuales les ha impuesto el roquete y les ha dirigido un discurso alusivo al acto. En seguida los Obispos han ido á ofrecer sus respetos al Cardenal secretario de Estado, y antes de abandonar el Vaticano han bajado á la basílica de San Pedro para orar allí sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

«Más tarde, los Obispos se han reunido en el palacio de la Cancillería apostólica y han prestado el juramento de costumbre en manos del Emmo. Mertel, primer Cardenal de la Orden de diáconos y vice-canciller de la santa Iglesia. El anuncio oficial de su elevacion al Purpurado se le ha llevado á sus respectivas habitaciones de los Cardenales agraciados, por el jefe de cuarto de Su Santidad, el Emmo. cardenal Pecci.

«Despues han recibido los nueve príncipes de la Iglesia las visitas llamadas *di calore*, esto es, la del Cuerpo diplomático, de los colegios de la Prelatura del Patriciado Romano y de sus conocidos. Al medio día del próximo martes serán recibidos por Su Santidad en audiencia solemne para imponerles el birrete rojo.

«El cardenal Melchers tomará la palabra, en nombre de sus colegas, expresando á Su Santidad sus sentimientos de reconocimiento. Su Santidad contestará con un discurso elogiando los méritos de los nuevos Príncipes de la Iglesia.»

A consecuencia de los nuevos nombramientos, el sagrado Colegio cuenta en la actualidad sesenta y dos Cardenales, de ellos diez y ocho creados por Pío IX y treinta y cuatro por Leon XIII. Trece pertenecen á órdenes religiosas, á saber: cinco benedictinos, un agustino, dos del Oratorio, un oblato de María, un jesuita, un capuchino y dos dominicos. Treinta y cinco cardenales son italianos, cinco franceses, cuatro españoles, cuatro austriacos, cuatro ingleses ó irlandeses, tres alemanes, dos húngaros, dos portugueses, dos polacos y un americano.

Cuarenta y dos Cardenales han muerto durante el pontificado de Leon XIII. Los que han fallecido en el presente año son los Emmos. Mac-Cabe, Chigi, Schwarzenberg, Lasagni y Nina.

Mayssur (Indostan).—El Rdo. Bonnétraine, misionero, escribe desde Bangalore:

«Tuvisteis la bondad de insertar el llamamiento que dirigí á la caridad católica para levantar un hospital en la ciudad de Bangalore, y desde entonces me han llegado muchos donativos hasta de personas que me son desconocidas. Doy gracias mil á esos bienhechores ignorados, y voy á darles alguna noticia de la obra que auxilian con su generosidad.

«La ciudad de Bangalore se divide en dos partes completamente distintas. Una es la ciudad europea, donde se encuentran los soldados, los empleados del Gobierno inglés y los comerciantes europeos. Esta parte encierra gran número de indígenas más ó menos ocupados en el servicio de los ingleses. Esta ciudad, á más de los hospitales militares, que son monumentos magníficos, posee un hospital civil en el que se recibe á los europeos y á los indígenas. La otra parte de la ciudad, que es completamente indígena, dista de la europea cosa de dos millas y media. Depende del rajah de Mysore, y desde su emancipacion de la dominacion inglesa no cuenta establecimiento alguno hospitalario para los 80,000 ha-

bitantes que encierra, excepto una pequeña provisoría en la que se dan remedios para las enfermedades más comunes.

«Esta escasez de hospitales en la ciudad indígena de Bangalore nos decidió á fundar en ella el nuestro, en vez de establecernos en la ciudad europea, que ya cuenta uno, servido por cinco Religiosas de san José. El Municipio recibió perfectamente nuestras proposiciones, y á no haber muerto el antiguo ministro del Rajah, su favor hubiera sido de importancia decisiva en esta cuestion. El que le ha sucedido obra con extremada circunspeccion, y aunque aprueba nuestros planes no ha querido comprometerse por mucha cantidad al principio. En vez de las 40,000 pesetas que votó el Municipio para ayudarnos en nuestro proyecto, sólo ha sancionado 12,000 para la construccion del hospital, y reducido de 880 á 440 pesetas la subvencion mensual consentida para pagar médico, empleados, alimentos y remedios.

«Al tener el permiso del gobernador indígena, escogimos un magnífico solar en los límites de la ciudad que por aquella parte le rodea un muro de dos metros de elevacion. Este terreno mide seis acres ingleses (seis hectáreas y media), y es inmejorable para el objeto á que se le destina.

«Nuestros planes son grandiosos á primera vista, pues en Europa cuando se trata de Misiones, imagínase siempre que pueden bastar establecimientos de la mayor sencillez; mas no sucede así en Bangalore, que es capital del reino y una hermosísima ciudad que contiene diez escuelas ó colegios, iglesias y monumentos muy notables. Además hay que tener constantemente en cuenta las castas, que con sus preocupaciones crean á todas las obras dificultades desconocidas en Europa. A fin de conciliar todas las cosas abrigamos el intento de construir un edificio central donde se den consultas y remedios. En el piso principal recibiremos á los enfermos europeos ó de sangre mezclada que vienen de las plantaciones ó de los distritos; y para los indígenas levantaremos ocho cuerpos de edificio para diez enfermos cada uno, cuatro para hombres y cuatro para mujeres. De esta suerte los brahuras, los musulmanes, los chatryas y los parias tendrán edificio aparte que les pondrá al abrigo de perder su famosa casta, invencion diabólica que se ha de tener siempre en cuenta. Se necesitará tambien un albergue para los religiosos, lo que con el mobiliario, medicamentos, etc., se necesitarán 200,000 pesetas.

«Al presente el edificio central tiene ya cinco metros de altura. Así que esté concluido emprenderé la construccion de los pabellones separados para los enfermos y la casa de las religiosas.

«En nuestros esfuerzos para construir este hospital nos alienta la esperanza de librar un combate al protestantismo en un terreno al que no puede seguirnos. Los protestantes son muy fuertes en esta ciudad. Tienen dinero y sírvense de él para establecer escuelas. Además de tres grandes establecimientos de este género, poseen en los barrios otras veinte escuelas menores para niños de ambos sexos y muchos templos. Los católicos no tienen más que una iglesia pobre en uno de los arrabales menos lucidos de la ciudad indígena. Nuestra Mision es harto pobre para luchar con ventaja, por la educacion, contra los protestantes; y nos consideramos por muy felices con haber podido procurar una

clase á los niños católicos á fin de desviarles de las escuelas sin Dios del Gobierno ó de las clases sectarias de los protestantes. La cuestion cambia cuando se trata de hospitales. Todo el oro de los protestantes nunca podrá crear un corazon de Hija de Caridad, y ahí es donde les aguardamos.

«De todas partes acuden los habitantes para visitar los trabajos, y todos manifiestan su admiracion por la hermosa obra que emprendemos. Estamos seguros de que los enfermos que acudan á nuestro hospital prestarán oídos á la voz de la caridad, y que por este medio muchos serán atraídos á la verdad.»

Cabo de San Juan (Golfo de Guinea).—Con fecha de 30 de abril escriben á un colega matritense desde Cabo, costa Occidental de África, lo siguiente:

«Hallámonos ya en posesion de nuestra tierra prometida desde principios de marzo, sin temor de que ningun extranjero se atreva en este punto á usurpar nuestros derechos. Ignoro hasta dónde llegan los límites de nuestra inmensa parroquia, porque hácia el interior no nos es dado penetrar: por ahora hemos de concretarnos á visitar los pueblecitos más cercanos á la costa.

«Aquí nos tiene V., mi buen Padre, á seis Hermanos en el Corazon de María, hospedados provisionalmente bajo dos cabañitas de bambú, entre tanto que logramos montar la casa de madera, forrada de zinc, que por la benevolencia del Gobierno español para con estas Misiones, hemos logrado adquirir en Inglaterra con otra para Annobon, habiéndose encargado gustosísimo de esta comision, que, á decir verdad, ha llenado cumplidamente, el activo é incansable D. Eloy Ramirez, nuestro querido amigo, hermano del reverendísimo Padre Prefecto de estas Misiones, residente en Londres, el cual, V. lo sabe mejor que yo, tiene toda su gloria, y es su predilecta ocupacion, el servir de alguna utilidad á las Misiones fernandianas.

«La referida casa tendrá 60 piés de largo por 30 de ancho, 10 de alto y 7 de techo. Sobradamente capaz para los seis, pero reducidísima para los muchos negritos que desean vivir con nosotros, y recibir hambrientos el pan saludable de la instruccion científico-religiosa, de que en absoluto carecen los pobrecitos.

«Conforme á la promesa que recordará V. hizo al señor ministro de Ultramar nuestro reverendísimo Padre superior general, con motivo de la instalacion de estas Misiones, estamos firmemente resueltos á partir nuestro alimento con estos niños hasta donde alcance; y ¡ojalá alcanzara á muchos, para que muchos fueran los favorecidos!

«Abrigamos la confianza de que por este medio será consolador el fruto que, á no tardar, podremos hacer entre estos habitantes. Baste decir á V., que apenas ha corrido entre las tribus más próximas la noticia de la llegada de los misioneros españoles, cuando ya se nos ha presentado una turba de niños, como si una voz interior les hubiera dicho: «Andad, hijos, que por vosotros principalmente vienen los Padres, y para vuestro bien espiritual y corporal se resignan á sacrificar sus vidas bajo este clima tan mortífero.»

«De estos habitantes poco puedo decir á V. que no tenga perfecta analogía con los de Fernando Poo: tan amantes de las bebidas alcohólicas, como enemigos del trabajo. Pasan varias noches cantando y bailando al

compás de instrumentos músicos, con un ruido estrepitoso y monótono, principalmente (admírese V.) cuando tienen algun enfermo en la familia, en la persuasión que la música y algazara es el mejor medicamento para recobrar la salud. No he conocido que tengan idea alguna concreta sobre religion.

«Ya sabe V. que se habia tratado de comprar una iglesia de dimensiones análogas á la mencionada casa; pero el Gobierno se vió en la imposibilidad de hacer por ahora mayores desembolsos; y así habremos de habilitar una parte de la casa para oratorio ó capilla pública, y otra para escuelas, aunque nuestras viviendas quedan muy estrechas; recordando que siempre estaremos sobradamente holgados, si nos comparamos con nuestro Redentor y Maestro, que no tuvo donde reclin su cabeza.

«Este clima es, á mi juicio, más insalubre que el de Fernando Poo: las calenturillas nos hacen alguna que otra visita; pero, no obstante, por la misericordia del bondadosísimo Señor á quien servimos, nos hallamos todos muy animados para cultivar este grandioso campo y segar, luego que llegue á sazón, la preciosa mies que el Dueño de la misma vaya mostrándonos al alcance de nuestras manos, que con ser de suyo débiles, todo lo esperamos de la Providencia de Dios que nos conforta.

«Al igual que mis queridos Hermanos de Fernando Poo, veré de poner á V. al corriente de lo más notable que ocurra en esta incipiente Mision, para la cual imploro sus oraciones y sacrificios, y los de cuantos se interesan por la conversion de los infieles.»

Mindanao (Filipinas).—Leemos en un importante periódico religioso de la corte: Esta isla del archipiélago filipino, la segunda en extension y la primera en fertilidad entre todas las que aquél abarca, ha sido la más refractaria á la luz de la verdad, ya por el carácter sumamente belicoso de sus habitantes, ya por hallarse muchos de ellos inficionados con la secta de Mahoma. Más de tres siglos hace que fueron conquistadas y convertidas las islas de Cebú, Luzon, Mindoro, etc.; y durante este mismo tiempo se ha trabajado con un celo infatigable para la conquista de Mindanao, sin que hasta hoy se haya conseguido por completo.

Los primeros obreros que se encargaron del cultivo de esta estéril viña, fueron los ínclitos hijos de san Ignacio, aportando á ella en 1596. Tres años más tarde llegaron los celosos Agustinos Observantes. Mas las guerras por una parte, y la misma contradicción de aquellos que más interesados debian estar en conservarlos, obligaron á unos y otros á retirarse, sin haber conseguido casi ningun fruto.

En el año 1622 entraron de nuevo en ella ocho Agustinos Recoletos bajo la direccion del venerable Padre Fray Miguel de Santa María. Al poco tiempo, seis de estos valientes campeones de la fe habian alcanzado la palma del martirio, siendo su sangre preciosa semilla que comenzó á fructificar abundantemente. Con efecto: en un solo año fueron bautizadas 21,300 personas.

Ávidos los Padres de la Compañía de Jesús de derramar la sangre por la fe que predicaban, corrieron de nuevo al lugar del combate, y el gobernador de Filipinas, D. Fernando Tello, distribuyó á ambas familias religiosas toda la isla, señalando el Este de la misma, desde la punta de Suluan hasta el cabo de San Agustín

para los hijos de este grande Padre, y el Oeste para los de la Compañía.

Con varia fortuna prosiguieron estos infatigables obreros la evangelizacion de aquellos salvajes; mas no pocas veces vieron con dolor destruida la obra de muchos años por una nueva invasion de los moros. La violenta é injusta expulsion de la Compañía de Jesús puso de nuevo en manos de los Recoletos toda la isla; empero la falta del personal indispensable fué causa de que no se pudiera atender convenientemente al cultivo de aquella mies; por lo cual, lejos de crecer, fueron disminuyendo los verdaderos creyentes.

En este siglo, en especial desde el año 40, se ha emprendido con nuevo ardor esta grandiosa obra. Un decreto del gobierno de 1859 la encargó exclusivamente á la Compañía de Jesús; y estos venerables Padres, con admirable paciencia é invicta constancia, llevan á cabo la obra de la conversion á la fe y sumision á su patria de innumerables salvajes que eran un peligro viviente para nuestras posesiones. Pocos años hace que dos de ellos fueron bárbaramente asesinados por los moros; mas estas y otras bajas han sido pronto cubiertas, y en la actualidad la provincia de Aragon, encargada de aquellas Misiones, tiene empleados más de setenta religiosos. Así saben vengarse los religiosos de los insultos que reciben de aquellos que pretenden gobernar la nacion. Parece imposible que haya hombres que se complazcan en perseguir á las Ordenes religiosas, y que tengan el cinismo y desvergüenza de hacer alarde de patriotismo.

Escrito lo que antecede, hemos sabido que durante el año pasado han sido bautizados en esta isla 2,173 infieles.

Eatados Unidos.—Hace un cuarto de siglo sólo habia setenta y seis escuelas conventuales ó establecimientos de instruccion, dirigidos por monjas ó Hermanas en los Estados-Unidos. Ahora hay en aquel país bajo la direccion de Comunidades religiosas de mujeres, pertenecientes á la Iglesia católica apostólica romana, cosa de seiscientas academias y cuatrocientas escuelas especiales, lo cual da unas siete por cada diócesis.

Todas estas escuelas son de paga, y asisten á ellas alumnos que viven en las mismas escuelas ó en sus casas; pero en los establecimientos gratuitos sostenidos por estas religiosas, las escuelas parroquiales públicas, de huerfanato é industriales, se calculan por miles las niñas que á ellas concurren.

En la diócesis de Nueva-York hay ochenta y ocho de estas escuelas para niñas, como más de 50,000 alumnas que reciben instruccion gratuitamente, sin contar otras 7,000 que hay en los huerfanatos y otros establecimientos de caridad para niñas. En la de Filadelfia hay cuarenta y dos escuelas públicas dirigidas por Hermanas, con más de 30,000 alumnas, además de las huérfanas. En Cincinnati, donde el sistema de escuelas ha llegado á una perfeccion extraordinaria, el número de las niñas que concurren, en proporcion á la poblacion católica, es mucho mayor. No tenemos datos para saber el número total de alumnas en todo el país, pero si tomamos por base las tres diócesis establecidas, resulta que en los Estados-Unidos hay de 600,000 á 700,000 niñas que reciben diariamente de las Hermanas de varias Congregaciones una educacion católica y gratuita.

Sólo los gastos de esta grande obra de caridad, si no se hicieran sin compensacion, ascenderian, juzgando por lo que cuestan las escuelas públicas de Nueva-York, por lo menos á diez y seis millones de pesos al año.

Las Hermanas de san José, que cuentan como ochenta Comunidades, tienen segun los últimos informes, 53 academias, 39 escuelas especiales, 40 asilos y 18 hospitales, y se consagran especialmente á instruir á los *niños de color*, del Sur.

Noticias varias.—Para la Propagacion de la fe católica se recogieron el año pasado en todo el mundo 6.832,318 francos.—En el año de 1883 se habian recogido 6.370,416; hubo, pues, aumento de 462,001 á pe-

sar de la calamidad de los tiempos.—La sola Francia dió las dos terceras partes, á saber, 4.645,702.—La Alsacia y la Lorena contribuyeron con 260 mil francos.—La Bélgica con 329 mil francos.—En Italia se recogieron 483,281. En las diócesis de Germania, 482,426 francos.—En las diócesis de Austria y Hungría, 93,363 francos.—En Holanda, 98,447.—En Portugal, 34,461.—En Suiza, 81,906.—En España, 5,970.—En las Islas Británicas, 202,767.—En la isla de Malta y Gozo, 17,485.—En la Turquía europea y en Grecia, 21,336.—En Rusia y Polonia, 639 francos.—En Asia, 5,117.—En Africa 27,743.—En la América del Norte, en Méjico y en las Antillas, 114,239.—En la América central, 276 francos.—En la América del Sur, 6,303.—En la Oceanía, 19,257.



ZAMBESE.—Valle y lugarejo de Chemazi.—Hormigueros y galerías de termitas á orillas del Zambese. (Pág. 307).

—Los detalles que da el *Akhbar*, sobre los últimos momentos del Mahdí, no dejan la menor duda acerca de la muerte del falso profeta.

Este, segun el mismo periódico, cayó enfermo el viernes, 19 de junio, á las dos de la tarde, y se hizo trasladar inmediatamente á una tienda de campaña, fuera del campamento. No encontrándose allí ningun médico que pudiera prestarle sus auxilios, dos misioneros, que figuraban entre los prisioneros y que entendian en medicina, fueron llamados á la cabecera del lecho del enfermo, y manifestaron en el acto que el Mahdí estaba atacado de viruelas. Más tarde, en aquel mismo día, viendo que la enfermedad hacía rápidos progresos, hicieron comprender al Mahdí que no habia esperanza de salvarle.

Conociendo que se acercaba su última hora, el falso profeta mandó llamar á su sobrino Abdullah, nombróle sucesor suyo y le entregó su espada. El sábado, por la noche, el enfermo estaba en un estado desesperado. Despidióse de su familia y conjuró á su sucesor á continuar la guerra contra los cristianos. El domingo, 21, á las cinco de la tarde, el Mahdí exhaló el último suspiro. A la puesta del sol fué enterrado en una fosa abierta debajo de su tienda de campaña, la cual fué quemada en seguida.

—Nuevos asesinatos han tenido lugar en el distrito de Alberto (Canadá).

Las víctimas son los Rdos. PP. Farfard y Marchand, misioneros oblatos á las órdenes del Ilmo. Grandin. El primero pertenecía á la diócesis de Montreal, se habia

ordenado de sacerdote en 1875; el segundo era de la diócesis de Rennes, y había hecho su noviciado en Holanda, ordenándose de sacerdote en 1883.

Se cree que también han sido asesinados otros sacerdotes.

—Se dice que se va á construir en Londres, en la plaza Española, en donde estaba la antigua capilla aneja á nuestra embajada, una iglesia con subvencion del Gobierno de España.

El proyecto aceptado para su construccion es del estilo primitivo gótico inglés, con reminiscencias del gótico francés. La nave tendrá 37 metros de largo por 8 de ancho. El ábside del presbiterio tiene siete lados, y sus ángulos están marcados exteriormente con botareles.

El solar ha costado 3.000.000 de reales y el presupuesto de las obras asciende á 2.000.000, no incluyendo la torre ni la cripta.

TERCER CONCILIO PLENARIO DE BALTIMORE.

(Continuacion á la pág. 295, y fin).

EL DIA DEL SEÑOR.

La experiencia ha dado á las naciones muchas y muy dolorosas lecciones, las que bien podemos atesorar nosotros para nuestra propia enseñanza. No es la de menos importancia entre ellas el hecho constante de que la decadencia religiosa de un pueblo se manifiesta y se mide por falta de observancia del día del Señor. Al viajar por algunas regiones de Europa, entristece al corazón cristiano la vista del tráfigo y faenas que casi no distinguen el domingo de los otros días. Orígen de tal profanacion fué la codicia, y el no querer sacrificar á Dios las ganancias de un día; hubo luego necios Gobiernos que, cediendo á esa desmedida sed de lucro, relajaron las leyes seculares que sancionaban la inviolabilidad del día santo—olvidando que hay principios fundamentales que es imposible abandonar jamás al capricho ó á la avaricia de la muchedumbre;—y cuando el descuido de la religion mudóse, como suele acontecer con el tiempo, en hostilidad á la misma, fácil cosa fué servirse de aquel creciente desórden como de arma para infligir nuevas heridas á la Religion. Bien pudo la Iglesia gemir, protestar, combatir; mas no logró eludir del todo las fuerzas de la avaricia popular y de la prepotencia cesárea coligadas á favor de la impiedad, resultando de allí la lastimera profanacion que deploran en vano todos los cristianos.

Ni son menos palpables las consecuencias de tal profanacion. El domingo es el día de descanso del pobre; le fué arrebatado, y las clases obreras están hechas un encendido volcan de descontento social. El domingo es el día de la familia, que estrecha los dulces lazos del amor doméstico dejando al menestral un día al lado de su esposa é hijos; se le mudó en día de trabajo, y los lazos domésticos están perdiendo rápidamente sus atractivos. El domingo es el día de iglesia, donde, postrados todos los hombres ante los altares de su Padre comun que está en los cielos, se fortalece y santifica el vínculo de la fraternidad humana; se ha roto esta dichosa comunión de los Santos, y por una consecuencia natural surge la fatal comunión del socialismo y otras no menos salvajes y destructoras. El domingo es el día de

Dios, que acerca siempre más á la criatura á su Creador, y establece entre ellos una secreta union que ennoblece la vida humana en todas sus esferas; el infirmar esta union, no es más que procurar apartar al hombre de Dios, dejándole, segun la expresion de san Pablo, «sin Dios en este mundo. (*Ephes. II, 12*)». En una palabra, profanar el domingo es defraudar de sus derechos á Dios y al hombre, y la retribucion no tarda en venir.

También en estas tierras se descubre cierta tendencia hácia el mismo resultado y se trabaja por lograrlo; conviene, pues, que se le opongan enérgicamente cuantos toman á pecho el honor de Dios y el bien de la sociedad. Como siempre, todo nace de insaciable avaricia. Aun cuando se aduce el pretexto de proporcionar al público alguna comodidad ó diversion, los que claman por más libertad en este punto no son tanto los que desean la tal comodidad ó diversion, como los que esperan enriquecerse proporcionándoselas. Ahora bien, lejos de nosotros el favorecer leyes contra el trabajo del domingo en las cosas necesarias, ó contra las diversiones populares que no son incompatibles con la santidad de tal día. Bien sabido es, sin embargo, que los agitadores de tal cuestion se proponen traspasar aún los límites de la necesidad y de la conveniencia, y que las razones alegadas sólo sirven de paliativo á su deseo de desentenderse por completo del día del Señor. Pero demasiado caro le cuesta á una nacion el procurarse á tal precio ventajas materiales ó diversiones. Mudar el domingo en día de trabajo es atraerse una terrible maldicion: mudarlo en día de disipacion, seria aún peor. Nosotros, por consiguiente, apelamos á todos los católicos sin distincion, para que no solamente no tomen parte ninguna en cualquier movimiento dirigido contra la observancia del domingo, sino que, usando de todo el poder é influjo propio de leales ciudadanos, se le opongan diametralmente.

Hay, sin embargo, una manera de profanar el día del Señor, tan cargada de pestíferos resultados, que sentimos el deber de condenarla y afearla con una especial mencion. Hablamos de la costumbre de vender el domingo cerveza y otros licores, ó de frecuentar los lugares donde se venden: costumbre que, más que cualquier otra, empuja á trocar el día del Señor en día de disipacion y en ocasion de fomentar el detestable exceso de la embriaguez. Nosotros esperamos que las leyes del domingo en este punto, lejos de ser relajadas, serán aplicadas aún más rígidamente; pero suplicamos á todos los católicos, por amor de Dios y de la patria, que nunca tomen parte los domingos en semejante tráfigo, ni lo apoyen con su concurrencia ó favor. A cuyo fin nos dirigimos á todos los Pastores, empeñándolos, no solamente á reprimir este abuso, sino también á apartar de la venta de licores á aquellos de sus feligreses que estuviesen empleados en tan peligroso comercio, é inducirlos á abrazar algun oficio más conveniente para ganar la vida.

Y aquí juzgamos oportuno el hacer presente á nuestros obreros, hijos predilectos de la Iglesia, y fuerza y nervio de sociedad, que si desean guardar el domingo como conviene, deben huir de las tabernas el sábado por la noche. Lleven sus salarios á sus familias, á las que pertenecen de derecho; háganse sordos á toda tentacion; y entonces será el domingo día de regocijo para toda la familia, día inmensamente preferible á un día

de pecado para ellos mismos y de pesadumbre y miseria para sus esposas é hijos, á causa de las locuras ó desmanes de una noche de sábado. No nos admira que los Padres del Segundo Concilio Plenario declarasen que «los más espantosos escándalos que nos toca deplorar, nacen de la intemperancia.» No nos admira el que aprobasen y alabasen el celo de aquellos que, para mejor evitar todo exceso, ó para dar buen ejemplo, se obligan á una abstinencia absoluta de toda bebida enervante. Al par de ellos, invocamos nosotros las bendiciones del Cielo sobre la causa santa de la templanza, y sobre cuantos con afecto cristiano trabajan por su mayor adelanto: que los Pastores y fieles se muestren siempre gustosos y prontos en prestar auxilio á nuestras sociedades católicas de templanza; y con esto no solamente asestarán un golpe mortal al monstruo horrendo de la intemperancia, sino que atajarán al mismo tiempo la violación del día del Señor, y burlarán los deseos y ardides de cuantos quisieran verlo completamente profanado.

Acuérdense todos los católicos de santificar el día del Señor. Sea éste para ellos, no solamente día de descanso, sino también de oración; santifiquenlo con la asistencia al adorable sacrificio de la Misa; y no contentándose con éste, que es para ellos tan singular privilegio, añádanle el consolador oficio de las Vísperas y la bendición del augustísimo Sacramento. Atiendan á que sus hijos asistan no sólo á la Misa, sino también á la escuela dominical ó Catecismo, lo que los ayudará á adelantar en los años siendo católicos prácticos. En los campos especialmente, donde no es posible ser visitados por el sacerdote cada domingo, sea la escuela dominical el punto de reunión de todos, adultos y jóvenes: así no se extraviarán, y se robustecerán en la fe. ¡Cuántos niños ha perdido la Iglesia en los distritos rurales por culpa de los padres y madres, que, descuidando de hacerles cumplir con sus deberes religiosos los domingos, los dejaron caer en las asechanzas del enemigo!

SOCIEDADES REPROBADAS.

Entre los rasgos característicos de nuestros tiempos, campea ciertamente la tendencia universal á agruparse en sociedades de toda suerte, á fin de promover mejor algún interés determinado. Es esto el exceso de vitalidad de una época de derechos populares é instituciones representativas. Pero se aviene muy bien con el espíritu de la Iglesia, la cual, como lo indica su mismo nombre de católica, tiende á congregar en una sola hermandad á todo el género humano: ni disuena del espíritu de Cristo, quien vino á derribar toda barrera y juntar á todos en la única familia del único Padre celestial.

Pocas, empero, son las cosas buenas que no puedan ser falseadas, y pocas las tendencias humanas exentas de todo peligro. No es menester profunda reflexión para conocer que pueden los hombres concebir designios ruines y temerarios, ó bien rectos y sensatos; y que pueden coligarse para empresas ya inicuas ó peligrosas, ya loables ó útiles. Acaso no habrá siempre deliberada malicia; porque mientras es innegable que hay en el mundo organizaciones infames, cuyo preciso objeto es librar guerra á la verdad y virtud cristiana, sin embargo, nada obliga á creer que nazcan siempre de raíz tan dañada las asociaciones peligrosas ó malas. Aun con buena intención puede la débil y extraviada naturaleza humana

fijarse en un lado sólo de una cuestión, y quedar tan prendada con ella, que desatienda completamente el otro lado; puede sentirse tan fascinada por ciertos principios favoritos, que los lleve hasta las más extremadas consecuencias; puede aplicarse con tal ahinco á la consecución de algún fin en sí laudable, que olvidando las reglas de la prudencia, halle su ruina donde esperaba su fortuna. Mas ninguna intención, por buena que sea, puede hacer lícito lo ilícito; porque es principio fundamental de la moral cristiana «que no se debe hacer el mal para recabar el bien,» y que «el fin no puede justificar los medios,» si éstos son malos. De aquí el deber de todo hombre razonable de asegurarse, antes de abrazar una sociedad cualquiera, de que así el fin de la misma como los medios para conseguirlo están en perfecta armonía con la verdad, la justicia, la conciencia.

Y para decidirse en tal asunto, convénzase todo católico de que su guía más segura es la Iglesia de Cristo. A Ella está confiado el sagrado depósito de la moral y verdad cristiana; en Ella enciérrese la experiencia de todos los siglos y todas las naciones; Ella no anhela sino el bien verdadero del género humano; guíala en sus dictámenes la asistencia perpetua del Espíritu Santo; sus enseñanzas y sus avisos son, pues, la voz inequívoca de la sabiduría, de la prudencia, de la justicia, de la verdad. Desde la cumbre adonde la elevó su divino Fundador, y rodeada de una experiencia vasta como el mundo mismo, Ella ve los acontecimientos humanos y sus consecuencias con más claridad que cualquiera que se agita perdido entre las enmarañadas sendas del valle de la vida. Ha visto sociedades antes muy buenas, volverse por las circunstancias en peligrosas. Ha visto otras que fueron, por sus primitivas hazañas la admiración del mundo, degenerar hasta tal punto, á causa de su propio poder ó de la pasión, ó del mal gobierno, que se vió precisada á condenarlas. Ha visto asociaciones que, nacidas al soplo de los siglos de la fe, llegaron con el transcurso del tiempo hasta perder la fe, y guiadas por astutos caudillos, trocaronse en ocultos ó declarados enemigos de la religión y de la humanidad. Así nuestro Santísimo Padre Leon XIII ha demostrado recientemente, que la sociedad masónica y otras sus afines,—aunque descendientes de antiguas sociedades cuyo blanco era la santificación de las artes y artesanos bajo el manto de la religión; aunque guarden quizá todavía en sus «rituales» no pocos indicios de la religiosidad de su origen, y aunque en algunos países se muestren aún sinceramente amigas de la religión cristiana;—sin embargo, se han desmandado ya tanto en muchas regiones, que han declarado guerra abierta al Cristianismo y á la Iglesia católica, como á su baluarte. Ha demostrado el Papa que el objeto de tales sociedades es ahora sustituir por todo el orbe una fraternidad del todo suya á la fraternidad establecida por Jesucristo, y reemplazar con el mero Naturalismo la religión sobrenatural revelada al género humano por su Salvador. Ha demostrado, finalmente, que aún donde ellas se guardan bien de ostentar tan inicuos designios, entrañan, sin embargo, el germen que fecundado y desarrollado por las circunstancias, debe necesariamente producir los mismos frutos. La Iglesia, por consiguiente, prohíbe á sus hijos mancomunarse con tales sociedades, porque ó son un mal manifiesto que ellos deben huir, ó un oculto peligro de que deben guardarse. Faltaría Ella á su obligación, si no diese el grito de aler-

ta; y faltarian sus hijos á la suya, si no la atendiesen.

Toda vez, pues, que hablando en el pleno ejercicio de su potestad, la Iglesia ha fallado acerca de una sociedad, debe todo católico someterse sin esitacion. El debe saber que la Iglesia no ha obrado con precipitacion, imprudencia ni error; debe estar convencido de que ninguna de las ventajas terrenas que hubiese sacado de afiliarse á tal sociedad, podrá compararse con la ventaja de quedar en el grémio de la Iglesia de Cristo y participar en sus sacramentos y bendiciones; debe tener el valor que exigen de él sus principios religiosos, y vivir intrépido segun su fe y conciencia. Pero si sus amigos ó su propio deseo le inclinasen hácia alguna sociedad, acerca de la cual la Iglesia no hubiese pronunciado fallo ninguno, entonces no entre en ella sino cuando habiéndola examinado cuidadosamente, como hombre razonable y buen cristiano, se hubiere convencido de que es completamente lícita.

Hay, sin embargo, un argumento que hace siempre sospechosa una sociedad cualquiera, y es el secreto. Nuestro divino Maestro ha dicho que: «Quien obra mal aborrece la luz y no se arrima á ella, para que no sean reprendidas sus obras; al contrario, quien obra segun la verdad, se arrima á la luz, á fin de que sus obras se vean, como que han sido hechas segun Dios. (Joan. iii, 20, 21).» Segun esta regla, cuando unas asociaciones se envuelven en el velo del misterio y de las tinieblas, la presuncion les está en contra, y les toca á ellas probar que nada malo contienen.

Pero si una sociedad impone á los suyos la obligacion de guardar el secreto, aun cuando les conviniere en juicio la autoridad competente, tal sociedad se pone á sí misma en la imposibilidad de ser aprobada; y nadie puede ser miembro suyo, y ser admitido al mismo tiempo á los sacramentos de la Iglesia católica. Dígase lo mismo de una organizacion que obligue á los socios á prometer obediencia ciega, es decir, á recibir de antemano y ejecutar cualesquiera órdenes, lícitas ó ilícitas, que emanaren de sus autoridades supremas. Tal promesa repugna igualmente á la razon y á la conciencia. Y si una sociedad trabaja ó conspira, abierta ó taimadamente, contra la Iglesia ó los legítimos poderes, entonces el mero hecho de pertenecerle es separarse de la Iglesia católica.

Las reglas que acabamos de prescribir son las que deben guiar á todos los católicos con respecto á sociedades particulares. Ninguno de ellos puede en conciencia entrar ni permanecer en una corporacion condenada por una ú otra de las causas que dejamos indicadas. Y si hubiese entrado en ella de buena fe, no conociendo su carácter ruin sino más tarde, ó bien si la sociedad, buena en un principio, se viciase despues por filtrarse en ella algun elemento corruptor, es menester abandonarla sin demora, aun á costa de pérdidas temporales y de cualquier peligro, arrostrándolo todo impavidamente por mantenerse firme en el deber.

A estas leyes de la Iglesia, cuya rectitud no se oculta á ningún ánimo imparcial, creemos necesario añadir las amonestaciones del segundo Concilio plenario (N.º 119): «Atiéndase á que las sociedades obreras, so pretexto de mutua asistencia y proteccion, no cometan alguna de las malvadas acciones de las sociedades condenadas, y no sean inducidas por los ardides de hombres astutos, á violar las leyes de la equidad, rehusándose á prestar el trabajo á que están obligados los obre-

ros conforme á derecho, ó dañando en cualquier otro modo á quien los emplea.»

Pero mientras la Iglesia se desvela para precaver á sus hijos de todo cuanto desdice de las obligaciones de cristiano, impórtale igualmente el que nadie, por recta que sea su intencion, falte á la justicia contra sociedad ninguna. Al paso, pues, que la Iglesia, antes de prohibir una asociacion, no dejará precaucion necesaria para cerciorarse de su naturaleza, Nos vedamos positivamente á todo Pastor ú otro eclesiástico el emitir juicio ninguno sobre una sociedad, ó el someter á sus miembros á cualesquiera penas ó inhabilidades, sin previa y explícita autorizacion de la autoridad legítima.

SOCIEDADES CATÓLICAS.

No basta para los católicos evitar las sociedades malas ó peligrosas; es menester agregarse á las buenas y útiles. Si jamás hubo tiempo en que no bastó una bondad meramente negativa, es ciertamente la edad en que vivimos, edad eminentemente de accion, en la que necesitamos, más que otra cosa, virtud activa y piedad enérgica. Repetidas veces ha resonado ya la voz del Vicario de Cristo, alabando y alentando ya una ya otra de las sociedades católicas, no solamente como salvaguardias contra los halagos de las sociedades peligrosas, sino tambien como medios poderosísimos para llevar á cabo las buenas obras de que tanto necesitamos en estos tiempos. Ni debieran empeñarse en ellas los solos Pastores encargados de edificar la «casa espiritual (I Petr. ii, 5),» «el tabernáculo de Dios entre los hombres (Apoc. xxi, 3);» sino que cada uno de los fieles debiera traer su piedrecita.

En primer lugar, esperamos no haya parroquia en esta República que no tenga una hermandad ó cofradía para fomentar la piedad en el pueblo. Por lo que Nos renovamos y confirmamos de todo corazon las muchas y venerables cofradías establecidas ya desde hace tiempo, como las del Sagrado Corazon de Jesús, del Santísimo Sacramento y de la augusta Madre de Dios.

Vienen luego las diversas asociaciones de celo y caridad cristiana, y primeramente las de la Propagacion de la fe y de la Santa Infancia, de las que no hay otras más meritorias; las sociedades para el sosten de la educacion católica, las de la doctrina cristiana para la obra de las escuelas dominicales, las que cuidan de mejorar la condicion de los pobres, entre las cuales campea la Sociedad de san Vicente de Paul; las sociedades para las deudas de la Iglesia, las que proveen las iglesias pobres de ornamentos y adornos del altar, las que atienden al decoro y lustre del santuario, y otras encaminadas á reunir las fuerzas individuales de las parroquias para fines útiles y santos. Todo católico debería sentirse gozoso y ufano de coadyuvar á estas obras buenas, si no trabajando personalmente, á lo menos dando con generosidad á medida de sus recursos.

Hay además asociaciones para reprimir la inmoralidad, sobresaliendo entre ellas nuestras sociedades católicas de templanza, dignas del favor y auxilio de cuantos deploran el escándalo y los estragos espirituales causados por la intemperancia. Es grave error pensar que estas sociedades han de formarse sólo de víctimas de la intemperancia arrepentidas. Al contrario, habian de entrar en su seno (y confiamos que donde quiera es así) muchísimos católicos celosos, que libres siempre de tal

vicio, gimen en vista del terrible azote y se afanan para atajarlo.

Nos merecen tambien particular favor las asociaciones destinadas á promover las saludables reuniones de recreo entre católicos, especialmente aquellas que tienen por objeto el retraer á nuestra juventud de todo influjo pernicioso, proporcionándole con la cultura intelectual, algunos ratos de inocente diversion. Rodeada de los más graves peligros, la juventud necesita auxilios copiosísimos. Siguiendo, pues, las intenciones de nuestro Santo Padre Leon XIII, deseamos que, especialmente en las grandes ciudades, se aumenten las sociedades para la juventud, y que sean profundamente católicas y bien organizadas: lo encomendamos á los Pastores como una de sus obligaciones más importantes;

exhortamos á nuestros jóvenes á aprovechar los mejores años de su vida, juntándose bajo la direccion de sus Pastores, para su mútuo provecho y aliento en los caminos de la fe y de la virtud.

Y para dar una muestra pública de nuestro agrado á la «Union Nacional de la Juventud católica» por lo mucho que ha obrado hasta ahora; para promover su incremento, é infundir nuevo aliento en sus miembros para lo futuro; Nos bendecimos desde el fondo de nuestro corazon sus aspiraciones y tareas, y la encomendamos encarecidamente á todos nuestros jóvenes católicos.

Otro elemento de catolicismo práctico son, en nuestro juicio, las diferentes sociedades católicas de beneficencia, y sus afines las asociaciones de obreros católi-



ZAMBESE.—Rocas curiosas á orillas de Zambese. (Pág. 307).

cos. Su objeto debiera ser, y esperamos lo es en todas partes, inspirarlos y animarlos á ser industriosos, sabios, económicos; defenderlos de los peligrosos halagos de organizaciones condenadas ó sospechosas; y afianzar la práctica de sus deberes religiosos, de la cual depende en gran manera no menos su felicidad temporal que su dicha eterna.

Con paternal afecto bendecimos todas estas formas de asociacion bajo las cuales se revela la accion armonizada de los católicos para fines nobles y santos. Multiplíquense y perfecciónense cada dia más. Acuérdense, empero, que no lograrán su fin, sino adhiriéndose firmemente al espíritu de la Iglesia, y guardándose con todo cuidado de cuanto pueda empañar su lealtad. Cuanto más estrecha fuere la union de los Pastores y fieles en

las obras buenas, tanto más abundantes serán las bendiciones que lloverán sobre estas sociedades, más seguro el logro de sus fines, más perfecta la union de todos los cristianos en caridad fraternal, y más ámplio y firme el establecimiento del reino de Cristo sobre la tierra.

MISIONES DENTRO Y FUERA DE NUESTRO PAÍS.

Los deberes de cristianos hácia el prójimo empiezan en la familia y en la parroquia, mas no acaban allí. La caridad y celo de su corazon debe ser semejante al del corazon de la Iglesia, universal como su mismo nombre; semejante al del Corazon de Cristo que «murió por todos y se dió á Sí mismo en rescate por todos. (II Cor. v, 15; I Tim. ii, 6). La divina mision de la Igle-

...

sia: «Id, é instruid á todas las naciones; predicad el Evangelio á toda criatura» (*Mat. xxiii, 19; Marc. xvi, v. 15*), durará para siempre; y quienquiera que desea la salvacion de las almas, debe anhelar por su cumplimiento, y honrarse de poder tomar parte en él. Cuanto más estimamos el don de la fe, más debemos ansiar que sea comunicado á los demás. Enardécese el verdadero católico al leer las heroicas fatigas de nuestros misioneros en tierras de gentiles, y especialmente en medio de las tribus de indios de nuestro propio país. El espíritu de las Misiones es una de las glorias de la Iglesia, y uno de los más bellos distintivos del celo cristiano.

Por eso no hay país en Europa que no tenga colegios de Misiones extranjeras y sociedades de fieles que con sus socorros contribuyen al mantenimiento de las Misiones. Hasta ahora nosotros hemos debido hacer esfuerzos extremos para llevar adelante las Misiones de nuestro propio país, y no hemos podido tomar mucha parte en las Misiones extranjeras. Pero guardémonos de ver disminuido y estrechado nuestro celo por los gravámenes locales. Centenares de millones de almas no han visto aún la luz del Evangelio, y su estado lastimero apela á la caridad de todo cristiano. Entre nuestras mismas tribus de indios, con los cuales nos liga mayor responsabilidad, aún hay muchos miles que yacen en las tinieblas del paganismo, y nuestras Misiones entre los indios católicos sólo se apoyan en nuestra caridad. Además, de los seis millones de negros de nuestra poblacion, ¡cuántos hay lastimosamente necesitados de instruccion cristiana y auxilio de misioneros! Y claro está que siendo tan pobres las diócesis donde se hallan los más de ellos, es sobradamente difícil el socorrerlos sin la generosa cooperacion de los católicos de otras diócesis más opulentas. En vista de lo cual, Nos hemos inculcado se establezca la Sociedad de la Propagacion de la fe en toda parroquia donde no esté ya erigida, y se haga donde quiera una colecta anual destinada á las Misiones extranjeras y á las de nuestros indios y negros. Lo que á ello nos ha impulsado ha sido el profundo sentimiento de nuestro deber, y confiamos que nuestros fieles no lo tomarán como un peso que les imponemos, sino como una oportunidad ofrecida á su noble corazon de coadyuvar á una obra que no puede menos de ser especialmente agradable al Corazon de nuestro amantísimo Salvador.

Tales son, venerables y queridos hermanos, los asuntos principales que han ocupado nuestra atencion durante el Concilio. Son los mismos que desde el principio de la Iglesia apostólica han empeñado el celo y las fatigas de sus Pastores, á saber: la extension del reino de Dios, la edificacion del Cuerpo místico de Jesucristo, la propagacion de la mayor gloria de Dios en el cielo y de la paz en la tierra para los hombres de buena voluntad, derramando por doquiera más abundantemente las bendiciones de la Religion y las gracias de la redencion. Con nuestra legislacion, no intentamos imponeros gravámen ni trabas ningunas, sino al contrario, ensanchar «la libertad de los hijos de Dios» y afianzaros en ella. Se os muestra con toda claridad la senda del deber y de la virtud, no para aherrojar vuestra libertad, sino para que caminiés seguros, vivaís cuerda y virtuosamente, y logreis ser felices en la eternidad y en el tiempo.

Estas cosas escribimos para que entreis á la parte de nuestra solicitud, y salga de cada corazon el grito de

«Venga á nos el tu reino:» para que concurren todos activamente á establecerlo y propagarlo. Recibid gustosos y dóciles estas enseñanzas que brotan de corazones llenos de amor por vosotros y consagrados enteramente á vuestro servicio. Consoladnos á Nos y á nuestro divino Maestro y Dueño, ejecutándolas con toda fidelidad; y la bendicion de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda copiosísima sobre vosotros y permanezca para siempre.

Dada en Baltimore, en el Concilio Plenario, el día 7 de diciembre del año del Señor 1884.—En su nombre y en el de todos los Padres,

SANTIAGO GIBBONS,

Arzobispo de Baltimore y Delegado apostólico.

LAS CAROLINAS.



ACE algunos días que no se habla de otra cosa que del acto con que una nacion, que pretende pasar por grande y civilizada, no se ha avergonzado de confundirse con las gentes más despreciables de la sociedad. Trátase de la ocupacion que contra todo derecho acaba de hacer Alemania de las islas Carolinas, que no son suyas y que pertenecen legítimamente á España. En efecto, estas islas son pedazos de tierra española desde el año 1543, en que fueron descubiertas por el navegante Ruy Lopez de Villalobos.

Las Carolinas ó Nuevas Filipinas, como se llamaron entonces, es un archipiélago del grande Océano equinoccial, que se extiende entre los 6 y 12 grados de latitud Norte y entre los 141 y 175 de longitud Este en la direccion de Sur á Norte. Los grupos principales que lo componen, se llaman Hógolen, Yap ó Eap, Lamurec, Fallalap ó Falalep Iseluc, Nugonor ó Monte-Verde y Mogemug.

Estas islas son generalmente bastante pequeñas; las unas son de difícil acceso, y las otras están rodeadas de escollos; casi todas son bajas y arenosas, pero muy fértiles, y su poblacion no es considerable. Los habitantes son de color de cobre; sus facciones son agradables y su idioma es un dialecto del *tagali*, que es la lengua de las Filipinas; son muy inteligentes y emplean una especie de escritura jeroglífica.

No llevan más vestido que un pedazo de tejido que les cubre la cintura, y algunos, para guardarse del frio, se cubren las espaldas con un manto de hojas de coco. Las mujeres tienen las facciones regulares, la nariz algo achatada, los labios abultados, la boca pequeña y la sonrisa sumamente graciosa; las cubre únicamente un paño que baja hasta la mitad de los muslos, y algunas van del todo desnudas.

Estos isleños son apacibles, ágiles y buenos nadadores; los caudillos se pintan el cuerpo con graciosos dibujos, á excepcion de piés y manos. No dan sepultura á los cadáveres, pues prefieren quemarlos en grandes hogueras.

Sus casas, que están construidas sobre estacas, son muy bajas, y compuestas de cuatro ó cinco piezas muy espaciosas. Cada isla tiene un jefe particular, y todas obedecen al supremo, que reside en Lamurec; cuando éste muere pasa la autoridad á su hijo, con tal que sea juzgado digno de la soberanía por el más anciano de estos isleños, que jamás se aparta de su lado.

Estos naturales son muy aficionados á la danza; sus armas son la flecha con una punta de hueso, y la honda, que manejan con mucha destreza. En su navegacion se dirigen por las estrellas, y cuando el cielo está cubierto, por las corrientes, cuya direccion les ha enseñado la práctica que tienen de estos mares.

El clima de estas islas es muy agradable, aunque por otra parte están sujetas á terribles huracanes.

Sus productos principales son el cocotero, el árbol de pan, varias especies de palmera y otras muchas clases de vegetales, sabiéndose que en casi todas el suelo es muy fértil, por más que en su mayor parte se halla abandonado el cultivo, pues los habitantes son perezosos; casi en la totalidad de las islas no hay europeos.

La isla de Yap es la mayor de todo el archipiélago, teniendo un puerto bastante incómodo por estar cerca de arrecifes; los habitantes de esta isla así como los de las demás se pintan el cuerpo y usan algunas prendas parecidas al traje de los chinos, son bastante bien formados, y su alimento principal es el pescado. Una de las cosas que más llama la atención de los europeos son sus barcos ó canoas, que algunos han considerado como modelos de construcción naval.

La religion de estos isleños se conoce poco por no haberse observado su culto; únicamente se sabe que creen en un Sér que habita más allá de las estrellas y que dirige el mundo; que este Sér fertiliza las tierras cuando quiere, derramando el agua por sus manos, y creen tambien que despues de la muerte los buenos ocuparán unas islas ricas y bonitas, y los malos habitarán rocas áridas, donde no habrá ni agua ni vegetacion. Los carolinios en general no tienen más que una mujer, efectuando el matrimonio sin ceremonia de ningun género.

Estas islas, como ya hemos dicho, fueron descubiertas por Ruy Lopez de Villalobos, en 1543, y por Miguel Lopez de Legaspi, en 1565; sin embargo, quedaron olvidadas por espacio de más de un siglo, y cuando en 1686 se volvió á tener noticia de ellas por medio de una piragua, que con alguno de estos isleños fué arrojada por los vientos á las costas de las Filipinas, se le dió el nombre de Carolinas desde Carlos II.

Los españoles enviaron á ellas algunos misioneros de los establecidos ya en las islas Filipinas, embarcándose el 14 de noviembre de 1770 en el navío *Santisima Trinidad*, mandado por el capitán Francisco Padilla. Dichos misioneros eran los PP. Duberron y Cortil, á quienes acompañaba Fr. Estéban Baudin.

Despues de quince días de navegacion, el día 30 de noviembre descubrieron tierra al Noroeste: eran dos islas que los PP. Duberron y Cortil llamaron San Andrés, por ser el nombre del apóstol cuya fiesta se celebraba aquel día.

Desde fines del siglo XVIII los navegantes europeos frecuentan las aguas de estas islas.

El grupo de Monte-Verde ó de Nugonor fué descubierto en 1806 por el capitán Monte-Verde, y comprende 29 islas bajas, las más meridionales del archipiélago: lo mismo que el pequeño grupo de Mac-Askill ó M^a Askil, cuya isla más importante es Pelelap.

La isla de Onalan ó Strong fué descubierta el 20 de diciembre de 1804 por el capitán americano Crozer, y reconocida en 1804 por el capitán francés Duperrey. Está situada en el medio de las Carolinas y en el mismo camino que llevan las embarcaciones que van de la

Nueva-Holanda á la China, ofreciendo á la vez dos puertos de carenaje, agua abundante y varias provisiones de refresco. Esta isla está rodeada de un arrecife de coral, que se corta por algunos puntos y deja expedito el paso á las embarcaciones, que hallan varios sitios buenos para anclar entre este arrecife y la isla. Los montes, aunque están cubiertos de una vegetacion frondosa y variada que los hace casi inaccesibles, indican por su forma cónica y quebrajosa un origen volcánico que se confirma más por el exámen de sus rocas. La altura del pico Crózer, que domina el centro, tiene 557 metros.

El grupo Duperrey, descubierto en 1824 por el entendido marino cuyo nombre lleva, está compuesto de tres islas bajas, pequeñas y pobladas de árboles, que se llaman Mongol ó Mongul, Ongai y Aura ó Anera.

Las islas Faronelap ó Farroilep y Feis, tiene cada una un jefe que la gobierna.

El grupo de Lugonor ó Mortlok, ó más bien los Lugullos de D. Luis de Torres, se compone de 90 islotes. Fué descubierto en 1795 por el capitán inglés Mortlok. Los habitantes de estas pequeñas islas tienen un trato dulce y hospitalario.

El grupo de Siniavini, descubierto por el capitán ruso Litke en 1828, se compone de unas 15 islas, entre las cuales Punipet ó Puynipet es la más considerable. Tiene cerca de 50 millas de circunferencia y su suelo es montañoso y cubierto de verdura.

El grupo de las islas Hogolen consiste en dos clases de pequeñas islas altas, cuyos picos cónicos indican de un modo indudable su constitucion volcánica: están rodeados por varias partes de islas bajas cubiertas de árboles.

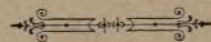
El archipiélago de las Carolinas lo forman 48 grupos con cerca de 500 islas, ocupando en longitud unas 450 leguas y en latitud 100. Con el mar que rodea á dichas islas viene á tener el grupo una extension de 45,000 leguas cuadradas.

Los naturales hablan distintos dialectos.

Por más que, como ya es notorio, las Carolinas pertenecen á España de hecho y por derecho, no se puede menos de confesar que han estado poco menos que olvidadas, pues rara es la vez que se hace mencion de ellas.

No hace mucho tiempo que el gobierno superior de Filipinas comunicó noticias del territorio de su jurisdiccion, y entonces se supo que la isla de Yap tiene más de 10,000 habitantes, no llegando á doce los españoles allí residentes, y que su principal exportacion era el carey. Hace un año próximamente se ha creado un gobierno político militar con residencia en Yap, cargo que se ha confiado por de pronto á un oficial de la marina de guerra.

Es indudable que Alemania no desconoce el derecho de España sobre las Carolinas, y es tambien indudable que al fijarse Bismark en ellas abriga esperanzas de colonizar otros territorios de la Oceanía, sintiendo predileccion singular por las islas Filipinas, hácia las cuales dirige su codiciosa mirada hace mucho tiempo.



TRATAMIENTO DEL CÓLERA.

Un misionero de Siria dirige á *Las Misiones católicas* las siguientes líneas:



A curacion del cólera depende principalmente de la prontitud con que se acude á ahogar la enfermedad en su principio. Hé aquí, segun nuestra experiencia, los primeros auxilios que deben darse.

No hay enfermedad más fácil de curar, segun el doctor Offman, si desde el principio se la combate. Añade ese médico que el cólera no ataca repentinamente, sino que se anuncia uno ó varios días antes con los siguientes síntomas: El que se halla amenazado del cólera pierde el apetito, experimenta debilidad y dolor en todo el cuerpo. Tiene ligeras náuseas y á veces algo de desvanecimiento. Se siente peso en la parte superior del estómago, y no tarda en presentarse la diarrea.

Estos síntomas son al principio muy débiles, y el enfermo no da importancia á su malestar, y continúa haciendo la vida ordinaria. Entonces se desarrolla el germen, y al poco tiempo todos los remedios son inútiles.

Es preciso no descuidar el menor malestar. Así que se nota, debe adoptarse dieta absoluta y tomar dos ó tres infusiones muy calientes y muy azucaradas. Esa infusion se hace echando agua cociendo sobre hierba-buena de los jardines, ó mejor hierba-buena silvestre, y filtrando la infusion.

Al aparecer la diarrea hay que acostar al paciente, cerrar las ventanas, arroparle y darle fricciones en la espina dorsal con petróleo, evitando el acercar luz. Si las manos y los piés se enfrian, hay que darle friegas.

Cada cuarto de hora debe tomar el enfermo la infusion de menta lo más caliente posible, en la cual se echarán algunas gotas de petróleo. Para un hombre pueden echarse hasta diez gotas en una taza y tomar tres ó cuatro: para las mujeres y los niños debe disminuirse la dosis.

Lo esencial es provocar la transpiracion, y al efecto abrigar al enfermo y darle friegas. Si la transpiracion se presenta con abundancia, el enfermo está curado. Si el tratamiento se empieza pronto, se presenta la transpiracion al cuarto de hora.

Así que la transpiracion se presenta, hay que dejar tranquilo al enfermo durante hora y media: luego se muda la ropa al enfermo, procurando que no se enfrie, se disminuye el abrigo, se abre la ventana más separada de la cama y se sigue administrando tazas de menta sin petróleo. Pasadas las veinte y cuatro horas, se dará caldo, y poco á poco se irá aumentando el alimento. Este último punto es muy importante, pues el excesivo alimento puede provocar recaídas más peligrosas que el primer ataque. Si el enfermo tiene sed, puede dársele horchata de arroz fria.

Después de la transpiracion sólo se presenta la fiebre cuando se ha tardado en aplicar el tratamiento. A veces se cambia el cólera en tifus grave. Desde el momento que hay fiebre debe llamarse al médico. Una celebridad médica aconseja en estas circunstancias fricciones en la espina dorsal y aun en todo el cuerpo con esencia de trementina. Si la enfermedad presenta síntomas graves, se darán tres veces de cuarto en cuarto de hora diez gotas de trementina en infusion caliente de menta; á falta de trementina, puede emplearse el petróleo.

Segun el Dr. Broock la hierba-buena silvestre es el específico del cólera.

En tiempo de epidemia: 1.º, hay que cuidar de los niños, preguntándoles á menudo lo que sienten; 2.º, evitar que el enfermo vaya al retrete, colocando en su cuarto lo necesario al efecto; 3.º, los que sirven al enfermo nada tienen que temer, pues el cólera no se comunica por el contacto; 4.º, las deposiciones deben arrojarse al momento. Para evitar recaídas no debe acortarse la convalecencia.

Estas prescripciones han sido aprobadas por el doctor Pistallizza, jefe de la Comision sanitaria de Siria en 1875.

MISCELÁNEA.

El bautismo de los indios.—Leemos en un periódico de Venezuela: «El domingo, después de terminada la recepcion oficial, el benemérito Presidente de la República se trasladó acompañado de su Gabinete y de su respetable consorte, que con otras matronas y señoritas le esperaban en la Casa Amarilla, á la santa Iglesia metropolitana, donde debía verificarse el bautismo de los indígenas con quienes iba á instalarse el establecimiento de instruccion de los territorios federales.—El ilustrísimo señor Arzobispo administró este Sacramento y el señor Obispo de Calabozo el de la Confirmacion, siendo padrinos el señor general Joaquin Crespo, presidente de la República, los ministros del Despacho, la señora del presidente y su señorita hija; la señora del Sr. doctor J. R. Nuñez, secretario general del Presidente, la señora del general Abelardo Arismendi, ministro de Obras públicas; la señora de Ibarra Herrera, la señora del general Félix García Fuentes y la señorita Prin; la señora de Piton y su señorita hija y otras respetables señoras y señoritas.

«Los nombres de pila impuestos á los nuevos bautizados fueron: Joaquín, Vicente, Víctor, Benjamin, Jacinto, Manuel, Felipe, José Antonio, Abelardo y Bernardino Crespo, el apellido del Presidente.

«Los acordes del órgano contribuyeron á la solemnidad del acto, que presenciado por una numerosa concurrencia, era un testimonio de la fe de este pueblo que, si minado por la impiedad, se conserva todavía, por misericordia de Dios, en el seno de la Iglesia católica.

«Debemos creer que el Señor bendecirá este nuevo instituto que el supremo Gobierno ha querido abrir con las bendiciones del cielo.»

Los afganes.—El tipo afgan se distingue por su sólida constitucion y fuerza en la musculatura, siendo los hombres vigorosos y trabajadores. Su cabeza es prolongada, pómulos salientes, nariz aguileña, labio inferior grueso, cejas pobladas, barba y cabellera revueltas y por lo general negras; los cercanos á Persia son aceitunados de color, y los del Indostan moreno oscuro. Son todos casi groseros, descuidados y de mirada altiva.

En tiempo de paz son hospitalarios, sinceros y aun magnánimos; el «que no franquea su puerta al extranjero no es afgan,» dice el proverbio del país. Las mujeres son, al parecer, respetadas, y dirigen su casa con inteligencia. Son sobrias y amantes de su independencia. Las diversas tribus constituyen una serie de repúblicas distintas que no han podido derrocar los viajeros ingleses al ponderarles la fuerza del sistema monárquico. «Preferimos nuestros continuos sobresaltos, las discordias; no queremos amos,» respondian.